Varios tipos de leyendas
Escenas concretas

Coco y Euqui

Varios tipos de leyendas

Escenas concretas

(libro de cuentos)

“Surrealismo suave, risa indecente y risa decente, risa ahogada y optimismo complicado, existencialismo trabado y optimismo afilado, sarcasmo benevolente pero optimismo, porque debemos empezar a reírnos de nosotros mismos”

enero de 2004

Leyendas urbanas: desperdicios de frutas

El reloj sonó esa noche de primavera, un tiempo que siempre preludia. Fueron tres campanadas solemnes que encaminaron la certeza de plena noche cerrada en que un simple sonido servía de fondo espectacular, tal y como la percusión de un pesado disco metálico dorado. La maquinaria de la gran ciudad descansaba en medio de la posibilidad de las sirenas, los coches, los televisores, las fábricas, los tacones...

Nadie en la calle. Sólo dos sentados en un banco de la plaza. Javier estaba triste, sin apenas conversación (muy extraño en ese muchacho), y con el rostro hundido y duro. Los codos en las rodillas, despeinado y descamisado. Su amigo intentaba ayudarle, animarle. Le contaba chistes malos, pero él respondía con un minúsculo lamento, un quejido desacostumbrado y licencioso.

- ¿Qué te pasa?

Ninguna respuesta pues tal era el enigma. Nada. Un mundo hermético del que nada sabía el resto del mundo. De pronto, un susurro que quebró el horizonte de la noche:

- Pelarzos de peras...

- ¿Qué? -su amigo se puso en pie asustado.

- Sí, pelarzos de peras es lo único en el mundo que puede hacerme olvidar los malos tragos que estoy pasando.

“¿Y dónde consigo ahora pelarzos de peras?”

Partió pues en busca de esas frutas por las inmensas calles de la noche. Se vio inmerso en una aventura que le depararía hazañas y andanzas propias de un caballero andante.

Sus pasos le encaminaron a las callejas del casco antiguo. Calles estrechas y adoquinadas, oscuras y brillantes por la lluvia reciente y peligrosas en la noche, porque miles de tímidas luces apuntaban a una delincuencia ilimitada en la que se mezclaba la dudosa moral de las gentes con la confusión del misterio y la oscuridad.

A lo lejos, en la perspectiva de esa callejuela, vio la luz de un comercio y excitado corrió a ver de qué pasaba y sus huesos avistaron una sorpresa muy oportuna: un gran letrero iluminado, rezaba en naranja de neón: “frutería de guardia”. “Esta es la mía”, se dijo y raudo empujó la puerta y contempló boquiabierto el rostro despreocupado de la dependienta obesa que, tejiendo uno u otro calcetín, apenas se fijó en él.

Sin poder explicar la situación volteó el corazón sin apenas resuello cuando preguntó esperando la respuesta afirmativa:

- ¿Tiene peras? -la dependienta abrió mucho los ojos y, en medio de un aroma dulzón, se puso en pié y contestó recitando una frase ensayada:

- No. Tenemos manzanas reinetas, piñas, pomelo, plátanos, higos, dátiles, naranjas, almendras, manzanas golden, melocotones, uvas pasas, limones, melones, avellanas, kiwis, ciruelas, aguacates, mandarinas, cerezas, granadas, nueces... Pero no, no tenemos peras.

Su decepción fue tal que no pudo acallar su pena y se conmovió y dijo:

- Lo siento.

Caminó con la cabeza gacha escondiendo el dolor de no poder dar unos cuantos pelarzos a su amigo que tanto le solucionaría. Se hicieron las cuatro, las cinco y sus pies sólo buscaban la envoltura natural de esa fruta cortada para el consumo.

Y, una luz de esperanza se llenó de sentido cuando leyó el cartel de luz intermitente de colores de un comercio de “desperdicios de frutas”. Asaltó la tienda con el rostro optimista y alocado. Apenas se percató de la hermosa joven rubia que hablaba con la dependienta, también obesa:

- ¡Medio kilo de pelarzos de peras!

- ¡Oiga joven! -dijo la tendera- Espere su turno.

- No pasa nada, no tengo prisa -por fin escuchó las palabras de la garganta delicada de la joven y contempló las formas curvas y sensuales de la preciosidad ataviada con un vestido de seda negra escotado y fruncido hasta la cintura y acabado en volantes blancos que adivinaban sus piernas fuertes, esbeltas y bonitas.

- Han subido los pelarzos de peras.

- No importa.

La mujer alzó el platillo de una balanza hasta la cesta de pelarzos; metió tres puños repletos de pelarzos y, mirando fijamente las evoluciones de una aguja verde, añadió y quitó pelarzos hasta que la aguja señaló quinientos. Los introdujo en una bolsa amarilla y se la tendió al hombre nervioso por una mujer que le miraba interesada:

Vio un cartel en la pared escrito con rotulador casero y en que se leía: “Tenemos prostitutas”. La tendera vio que él miraba el cartel y dijo:

- Tenemos prostitutas...

- No gracias... -azorado, pagó el paquete y abrió la puerta cuando las manos de la joven le sujetaron la muñeca. El sonrió, turbado, pero, en el fondo deseaba que la joven hermosa le sujetara de las muñecas.

- ¿Un amigo deprimido? -dijo ella firme pero sólo para sus oídos.

- Bueno, sí...

- ¡Sabes! Yo antes era prostituta, pero lo dejé.

Fueron hablando por las callejas juntos, de la mano. Llegaron a un hotel y tomaron una habitación y allí consumaron su amor. Casi amanecía, cuando, entre sábana y sábana de pasión desbordante él recordó que debía entregar a Javier, su amigo, el paquete amarillo de los pelarzos.

- Amada mía, debo partir a la plaza a entregar esta ofrenda en forma de pelarzos de peras...

- Te acompañaré.

Ambos se vistieron en un santiamén y se desvistieron porque se equivocaron de ropa interior. De la mano tenazmente, recorrieron en un vuelo las enormes avenidas sólo surcadas por el camión de la leche y por un pescadero pelirrojo con delantal a rayas verdes y negras.

En un suspiro llegaron al banco en el que cabizbajo persistía Javier ansiando pelarzos. Su cara demacrada por el sueño y la desesperanza, delataba un hundimiento brusco que sólo su compañero conocía. Se adelantó unos pasos

y, con el paquete amarillo en la mano, se lo tendió en un amago de amistad, susurro:

- Javier, toma esto...

Javier saltó de alegría y distribuyó las pieles de pera entre sus bolsillos y comió unos pocos; abrazó a su amigo y le besó efusivamente en la boca. Sus pasos le encaminaron hacia la joven hermosa que despedía algunas lágrimas de emoción y le abrazó asimismo. Luego los dos se sonrieron y empezó esa intimidad de los amantes en los que sobra el resto del mundo. feliz, la recién pareja partió en busca de un hotel dónde consumar su amor. El, miró a su entorno y vio un banco en la fresca mañana. Se sentó allí taciturno anhelando pelarzos de peras.

Leyendas urbanas: Anonimato.

- Hay gente que le gusta el anonimato, ya sabes, pasar desapercibidos y suelen ser respetados; incluso es un valor positivo considerado socialmente.

El moribundo hizo una pausa en su discurso para tomar aire, sus últimas bocanadas

- Pero yo creo que, en el fondo de todos nosotros, deseamos estar en el candelero. Tenemos que llegar a lo más alto, llegar a ser célebres

Por fin, el moribundo, cuyo nombre era Romualdo, se entregó a la inconsciencia ante el asombro y admiración de todos los presentes por sus lúcidas palabras.

Llegó Benito secándose el sudor de la cara. Benito era gordo y era el mejor amigo del enfermo.

- ¿Qué tal está?

El silencio le acogió. Las miradas de sus dos hijas jóvenes y guapas expresaban la improcedencia del tío Benito. El tío Benito no era tío ni nada, pero como era gordo y bonachón, todos le confiaban sus más íntimos secretos. Hasta que se hizo amigo de Romualdo, el enfermo.

El hijo de Romualdo dio un paso hacia Romualdo y con una tristeza algo artificial, dijo en tono lúgubre y cansino:

- Se está muriendo.

Benito hizo una mueca de dolor apagada por los abrazos de las mujeres que había en aquella estancia esterilizada.

- Estaba escribiendo sus memorias. Éste es el manuscrito. -El nuero extranjero de Romualdo empezó a leer el cuaderno colorado, mientras caminaba en pasos cortos:

“...Sospechaba que la morada del caballero estaría en las coordenadas prefijadas, tal y como reflejaban mis investigaciones, pero no tan cerca de mi domicilio, de mi propia casa. “Fray Tada”, capellán de los Monjes Campaniformes, describió el cofre que fotografié en las... (foto 18, bc)...”.

- Eso parece interesante. –Dijo Benito masajeándose la barbilla de interés.

- ¡Claro tío! –dijo Adalberta, la hija pelirroja de Romualdo- por eso vino la televisión a casa.

- ¿Televisión? –Benito entrecerró los ojos y comenzó a maquinar un plan.

- Sí querían filmar el hallazgo del "Mondadientes Santo", dentro del cofre que se hallaba enterrado a varios metros del subsuelo, bajo el sótano de su casa. –Dijo un primo o cuñado o algo así.

- Fue el colofón a varios lustros de trabajo duro hasta dar con el Mondadientes Santo de San Ignacio de Loyola –apostilló su hermosa hija.- Pero no culminó su obra, por lo del accidente.

- ¿Accidente? Nadie me contó nada. Yo pensé que fue su corazón fallaba porque estaba delicado.

- No sólo eso, resbaló por la escalinata del sótano y se rompió el hígado –dijo Berta que gimoteaba al compás de la cadencia de sus palabras.

- Ya veo, pero ¿tan grave fue la caída?

Una enfermera de corta estatura irrumpió en la habitación para tomarle la tensión.

- Tan enfermo que está y lo rosa que tiene la cara –dijo la enfermera en un suspiro, como diciendo: "ya sabéis todos lo que quiero decir, pero lo digo igualmente porque es algo de sentido común, es algo que se dice cuando no sabes cómo relajar el ambiente que tu presencia ha enrarecido, pero no os preocupéis, con asentir basta".

- En efecto, tiene buen color; en mi familia todos tenemos un fantástico rubor. –Berta intervino relajando su sorpresa.

- Usted no. Esa palidez debe de ser la excepción.

Berta pensó "¡Hija de puta...!", pero dijo:

- ¡Descarada!

La enfermera se fue divertida porque le encantó esa cursilada, y sonrió al caminar altiva hacia la puerta; creo que rió un poco.

Benito pensó en honrar a su amigo y se quitó el sombrero ante el alivio de todos.

- ¡Oh mi querido Romualdo! Mereces mucho respeto y un gran honor al regalar ese gran descubrimiento al acervo cultural de la humanidad. Tu esfuerzo merece ser conocido, aireado y laureado por el mundo. –Romualdo, con un disimulo eficaz y frío como buen actor, se acercó a la mesilla con pasos cortos, y, aprovechando que todos escuchaban y miraban a ningún sitio, se colocó delante de la mesilla de hospital para que nadie viera como se agenciaba el diario de Romualdo, las memorias que leyó el extranjero, y lo introdujo en el bolsillo izquierdo de su pantalón. Luego, se puso frenético su sombrero y partió veloz.

Todos se extrañaron ante la caballeresca reacción de Benito, nadie la esperaba y empezaron a pensar seriamente que se quería aprovechar de la situación. Incluso Berta torció el morro presa de la desconfianza. Sin embargo, nadie podía imaginarse cómo.

Benito dejó tras de sí, en su atolondrada carrera, el aroma a hospital desplazado por el aire que su enorme volumen dejaba. Fue hacia la cafetería más cercana y pidió dos huevos fritos con chorizo. Allí sacó el grueso volumen del bolsillo de su gabardina y comenzó a leer y a comer.

Se colocó el libro junto al plato y sin levantar la vista, cogía la copa de vino y bebía y engullía sus viandas.

“Presiento que se acerca el gran momento de hallar el objeto puntiagudo que liberara a la santa figura de los trozos pequeños de carne de cordero (ver fotografía de cordero maduro, número 18), por ejemplo, de sus santas piezas dentales; ya que se usaba ingerir ese maravilloso manjar en el Norte de España. Es de suponer que tan insigne figura se vería presa de las torturas más elementales y banales que nos acucian a todos los mortales, tales como los trozos de comida insertados en la zona interdental, las flemas, los estornudos con mucosidades verdes, o los pedos... (véase gráfico procedente del Atlas Histórico)”.

Sonrió al comprender y al engullir ese pedazo de pan mojado en la yema acompañado de la clara frita.

“He de memorizar esto que sigue”, pensó Benito.

“El ilustre objeto se halla en un estuche de cristal y en el interior del pequeño cofre que abrí”.

Salió decidido ante el sol potente del veranillo primaveral. Penetró en el edificio de su oficina. Caminaba jovial y con prisa hasta la puerta de su despacho y se sentó en la butaca de la mesa en un perfecto movimiento que sincronizaba los movimientos de flexión de las piernas, descolgar el teléfono, posar las posaderas en el asiento (valga la redundancia) y llevar el auricular a la oreja. Hizo unas llamadas telefónicas y manchó de huevo el escritorio de caoba y el micrófono del teléfono. Miró el reloj de pulsera y volvió a arrugar su vieja gabardina al partir en loca carrera hacia el hospital.

Cuando llegó, tornó su mueca simpática a grave y se quitó el sombrero, escuchó unos ruidos de gente que venía del vestíbulo y musitó para sí: “¡Qué rapidez!”.

Vio alegre los periodistas y las cámaras de televisión que apuntaban a Romualdo que zozobraba el cruel destino, aunque él pareció escuchar todo lo que Benito dijo a sus familiares:

- Queridos míos: debéis esperar fuera de la habitación mientras los periodistas hacen un reportaje de los hallazgos de Romualdo y de sus memorias. Yo seré quien les introduzca, así que, por favor, abandonad la habitación. Id hacia la casa, en breve acudiremos a reunirnos con vosotros. –Así lo hicieron, no sin poner problemas.

- ¿Y por qué no se va él? ¡Tendrá cara! Esto me huele a chamusquina... Todos sabemos que tío Benito es un fantasma...

Todos murmuraban cuando Benito les empujaba con tesón cerca de la puerta:

- ¡Vamos, vamos...! Los de la tele tienen prisa.

- ¿Y tú, cómo lo sabes?

Entre empellones y engaños, Benito quedó solo ante una linda señorita con un micrófono y un señor con un aparato enorme apoyado en su hombro y mirando.

Ella construyó el escenario perfecto situándose junto a la cama y con Romualdo al fondo. Luego, sacó un pequeño estuche de la bolsa de la que extrajo el micrófono y empezó a maquillarse haciendo gestos al espejo del estuche.

-¡Vamos a empezar con la entrevista! ¡Anselmo!

La periodista ahuecó sus cabellos rubios bajando la cabeza, ajustó su camisa morada, ajustó la entrepierna de su pantalón vaquero, y mojó los labios en un movimiento de la lengua casi sensual.

- “Estamos en el hospital de la Santa Rodilla de Nuestra Señora con el eminente arqueólogo Benito Mojacalles...”.

De pronto, el cuerpo de Romualdo, el enfermo, se convulsionó entero, como reaccionando ante esas palabras. Todos se percataron y la periodista hizo una pausa en su relato, una pausa inusual.

“Relátenos, por favor su descubrimiento y el accidente de su ayudante.”

- Sí, fue sencillo y brutal. Íbamos en busca desesperada del mondadientes incorrupto del santo y en...

El cuerpo de Romualdo volvió a moverse estrepitosamente como escandalizado por la conversación y la periodista se asustó y decidió interrumpir la grabación.

- ¡Corta la grabación Jeremías! Parece que el enfermo se recupera... Hay que avisar a un médico.

Benito vio cómo se desmoronaban sus planes y quiso intervenir en esa escena para dotarle de mayor efectividad.

- No es necesario, no es necesario, pues se trata de los estertores de la muerte. Es mejor dejarle que se exprese en los últimos momentos de su vida.

La mirada compasiva de la periodista sucumbió ante una lágrima que le causó la ira al comprobar que se le había corrido el rimel:

- ¡Mierda! Vamos a acabar esto de una vez.

Benito se alegró y con Romualdo al fondo inconsciente la joven se hizo con un espejo casi mágicamente y en cuatro toques, recompuso su maquillaje y la entrevista pudo proseguir:

- Repita, por favor, a partir de la última frase que dijo:

- Sí, eso fue brutal. Seguíamos la pista del “mondadientes santo” y en el lugar que investigué, mi ayudante lo encontró y tuvo un accidente que lo dejó en tal lamentable estado.

Él cámara rodó unos planos del enfermo que yacía inconsciente.

“¿Nos podría relatar el incidente y mostrarnos el lugar exacto en el que halló el preciado objeto?”.

El enfermo dio el último gañido de dolor y se sumió en la inconsciencia total; pareció gritar en una gran disconformidad por la vil manipulación de la verdad a la que se vio sometido, en su mismo lecho.

En la furgoneta de la televisión, gracias a las indicaciones de Benito, llegaron a la casa de Romualdo donde la familia aguardaba. Benito les hizo un gesto lleno de falsa complicidad y condujo hacia la bodega a los periodistas, por esas escaleras enmohecidas.

- Tengan cuidado con las escaleras, son resbaladizas.

Avistaban con ansiedad un cofre antiguo.

- ¡Ahí está! ¡Ahí! ¡El mondadientes incorrupto de San Ignacio! –El aura del trozo de madera puntiagudo brillaba como si de una gema se tratara y, Benito, se emocionó tanto que perdió la noción de su enorme peso y resbaló por la escalinata y cayó. Inconsciente, panza arriba, los muchachos de la ambulancia lo tuvieron que subir a una camilla y transportarlo hasta el coche, cosa que no fue de su agrado.

Ya en el hospital, recobró la conciencia en la habitación, con su cama rodeada por sus amigos y por el propio Romualdo, recuperado milagrosamente y envuelto por un pijama del seguro; sentado en una silla de ruedas, sonreía con una mezcla de triunfo y sorna.

- Me alegro de que te recuperes.

- Me duele todo el cuerpo, apenas puedo moverme...

La hija pelirroja de Romualdo aplaudía de la emoción, contagiando a todos de una inmensa alegría:

- ¿No os parece maravilloso que en un mismo día se recuperen milagrosamente papá y el tío Benito?

- ¡Me has contagiado de tu inmensa alegría. Vayamos a celebrarlo!

Todos alegres y contentos fueron bailando en fila india hacia la cafetería del hospital dónde beberían champán en honor de los enfermos. La estancia, libre de bullicio, quedó con Romualdo y Benito a solas. Romualdo sonreía como un loco y reía a carcajadas falsas, como en las películas malas de miedo y mirando locamente a Benito, le dijo solemne:

- Eres el rufián más embustero, patrañero, fulero, embaucador, fanfarrón, mentiroso, pendenciero, instigador, falso y vil que jamás he conocido.

- Te lo puedo explicar, Romualdo...

- ¡No hables traidor!

- Sólo quería que reaccionaras....

- ¡Mentiroso! ¿Te querías quedar con todo el mérito, eh?

Romualdo abrió el estuche de vidrio y sacó el mondadientes santo. Lo blandió ante él y pronunció una sentencia:

- ¡El Mondadientes hará justicia!

- ¡No! ¡Ay!

Romualdo pinchó a Benito por todo el cuerpo con el mondadientes.

Leyenda o fábula de la seta filosofal

- ¿Comes setas? -Preguntó la musaraña mientras acariciaba su larga nariz.

El sabio Mandril no mostró síntomas de preocupación...más bien adoptó una postura indiferente contestando:

- A veces.

- Prueba ésta. -Ansiosa buscó en su bolsillo izquierdo del que extrajo una seta del tamaño de su champiñón.

- ¡Oh, una seta!

- Seta sí.

- ¡Seta roja!

- Carmín más bien.

- Dame.

- Toma -La musaraña le dio la seta al Mandril, que ya mostraba signos de impaciencia.

- ¿La puedo comer?

- Por supuesto.

El sabio Mandril, tomando un expresión esperanzadora, la acercó a su boca y la encerró entre sus mandíbulas; comenzó a masticarla abiertamente, y, más tarde, triunfalmente la tragó.

- ¡Oh!

- ¿Qué pasa?

- Puede ser la Seta Filosofal Carmín y tendré el camino para convertir en plátanos todas las cosas del Universo que yo desee.

- ¡Oh! y... ¿Es?

- En un minuto lo sabré.

Momentos después exclamó la musaraña con gran entusiasmo:

- ¿Era? ¿Era?...

- Voy a probar. Tú -dirigiéndose a un árbol -conviértete en plátano.

No pasó nada.

- ¡Vamos!

Nada.

- ¿Qué pasa? -indagó la musaraña.

- Nada. Tu seta era asquerosa.

Los dos se frustraron.

MORALEJA:

Si te encuentras a una musaraña y te da una seta colorada, y se da el caso de que no eres mandril, no la aceptes, pues podría estar envenenada.

Leyendas urbanas y rurales: Trabajos forzados

Unas miradas de gafas de sol estaban clavadas en los reos de la cantera. Los condenados sufrían el sol asfixiante, envueltos en los cientos de ritmos incoordinados de miles de golpes y percusiones sobre la roca más viva; así manejaban el pico y la pala. El desierto era fiel aliado de los rifles que portaban los guardias que vigilaban a los condenados a trabajos forzados.

Unos grilletes ennegrecidos por el paso del tiempo encadenaban a aquellos que pagaban su pena extrayendo piedras de otra piedra y las llevaban a carretillas que otros presos empujaban. Nadie sabía que trabajo era más duro, siendo simples: picar, cargar carretillas o llevar carretillas.

Los uniformes separaban a vigilantes y vigilados, ya fuera de azul marino ajustado y rifle, sombrero de vaquero y gafas de sol o, con pijama de rayas finas azules y blancas horizontales, gorrito, tatuajes y grilletes.

Uno de ellos se apoyó en el pico y se frotó las cuencas de los ojos para extender el sudor y, mientras suspiraba, vio a un compañero suyo que silbaba una melodía:

- ¡Eh! ¿Te gusta la música?

- Ya lo creo.

- ¿Tocas algún instrumento?

- El piano, un poco...

- Ya... ¿Por qué estás aquí?

- Trabajaba en una empresa de mudanzas y me tocó trabajar en cargar al camión las cosas de la casa de un pianista famoso que vivía en un quinto piso. Por eso colocamos una polea en la fachada y sacábamos las cosas por la ventana. En lugar de hacerlo con una cuerda gruesa, se me ocurrió atarlo con papel higiénico.

- Entiendo, ¿es por eso que en lugar de un pico golpeas la piedra con un clarinete?

Leyendas del far west: el charcutero.

Jimmy era un buen charcutero que vivía en el poblado de Onoff al Este del estado de Volume. Todo el mundo confiaba en Jimmy. Cuando se trataba de comer embutidos, acudían raudos a la tienda de Jimmy y, con todo cariño, les servía; valga añadir que era la única charcutería del pueblo.

El pueblo, siempre agradecido por su labor, le quería mucho y cuando llegaba la típica fiesta del "Ham" en Marzo, todo se lo entregaban a él cuan patitos hambrientos. Las bellas muchachas del poblado estaban locamente enamoradas de Jimmy, incluida la hija del juez Baltimore.

Los azotes de la naturaleza se dejaban sentir en el pueblo y eran frecuentes las temporadas en las que escaseaba la comida. Los únicos caballos de Jimmy los usó para hacer salchichón; este detalle fue contemplado por el sheriff y mandó entregar los de todos los habitantes por orden alfabético, claro estaba.

Jimmy, era un honrado charcutero entregado a su trabajo y a sus congéneres. Gracias a su entereza y bondad había reunido una gran fortuna, con increíble paciencia. Jimmy nunca quería dar a entender que era el hombre más rico del pueblo, a pesar de medir 1'60 y ser calvo.

Tener tanto dinero había supuesto preocupaciones y fatigas, pero era la más fiel recompensa a la dedicación personal y eficiente a la charcutería en sí, y su entrega a los demás.

Jimmy era una persona que vivía en su tiempo y soñaba con las innovaciones tecnológicas; con ese dinero realizaría el sueño azul de su vida:

LA MAGNA MAQUINA DE HACER MORCILLAS.

En efecto, la ilusión de Jimmy estaba en conseguir esa novedosa máquina; esto era un gran secreto que nadie conocía. Todos comían sin rechistar las morcillas manuales de mapache sin que nada levantara la más mínima sospecha. Jimmy participaba en el diseño y puesta a punto que se llevaba a cabo en la ciudad de Trebble, cerca del lago Phones.

Y un buen día soleado y con la nieve en derredor, se cumplió su aspiración vital, un gran carro con increíble ruidera y levantando muchos kilos

de polvo, tirado por 18 caballos sanos, le sirvió el artefacto enorme, cilíndrico, cúbico, cónico, metálico, gris plata, acabando en un enorme embudo negro, por el que los vaqueros a su cruce supusieron que se trataba de un recipiente para ir echando la carne; ellos lo miraban con el ceño fruncido. La enorme máquina, de unos 8 metros de alto, casi hace volar a Jimmy que no cabía en sí debido a la ilusión.

No así el poblado que se sintió ofendido, receloso a la revolución industrial. Los más altos mandatarios, incluido el buhonero Geoffrey, elevaron sus quejas al juez, que todavía confiaba en Jimmy. Se organizaron manifestaciones con gritos unísonos como: "preferimos que las hagas a mano...".

Hasta la fecha el poblado había confiado, se había entregado a las manos de Jimmy y las consideraba de leyenda; ahora, se mostraba defensivo ante la amenaza de abstenerse a las jugosas viandas y maravillosos embutidos que las manos de Jimmy creaban con todo su amor. El sentía que debía estar al día en la cuestión de avances tecnológicos y así educar a las personas de su poblado. Pero la tradición, la familia y la propiedad habían sido siempre los poderes fácticos en las mentes de los habitantes de Onoff; la gente que vivía en la comunidad anarco-sindicalista de Autorreverse, el pueblo vecino, sito a 7 millas de distancia del poblado, juzgaba a sus vecinos como "borregos asquerosos". Aun así, las gentes tomaron como suyo el grito unísono de:"¡Preferimos que las hagas a mano...!". Por eso Jimmy organizó una gran reunión en la plaza mayor y colocó la gran máquina en el centro a modo de estatua en la que se había encaramado el ingenioso charcutero que por la escala lateral y con equilibrio. Cuando ya se hubo concentrado la gente suficiente, pidió silencio con las manos de cirujano que tenía, y dijo en voz alta: "También salen buenas....". El pueblo sacó pañuelos blancos y alegó en algarabía: "¡Preferimos que las hagas a mano...!".

Jimmy vio ahí el fin, su final. Rojo de ira, gritó: "¡Probadlas!". Acto seguido accionó una palanca verde y se arrojó de un salto por el embudo; la enorme máquina comenzó a ronronear y a escupir las correspondientes morcillas de Jimmy. Todos en silencio.

El pueblo fritas las comió, excepto Hackson "el vegetariano". Le dedicaron la plaza que aún lleva su nombre, con la máquina. En las épocas de

abstinencia por allí arrojan a los malhechores y a los agentes de seguros. Y aquí termina la leyenda de...

Leyendas urbanas: Diario de lo improcedente, (hobbies no permitidos)

- Pues a mí, me gusta el fútbol sin destacar ninguna cualidad especial; sin que el balón describa poemas en una competición lógica del hombre enfrentado a un desafío físico... No, simplemente me gusta.

La sala de interrogatorios siguió en penumbra.

- Parece sincero... –masculló la científica rubia de la cortísima bata blanca, de pelo corto y sin cofia, inclinada sobre el monitor y el tablero de mil controles y lucecillas.

- ¡Cada vez son más duros! –la morena obesa estaba visiblemente fastidiada.

La estancia estaba oscura, salvo por un espejo unidireccional enfrente de las dos mujeres. Predominaba el gris oscuro para adaptar la penumbra a la ambientación deseada; se sentía el agradable frescor del aire acondicionado perfumado, aunque, a veces, la enfermera daba un respingo de frío debido a la poca ropa que llevaba. Una puerta moderna daba acceso a una habitación grande, el final no se distinguía. Se veía a su través a un hombre maduro atado a una silla; llevaba un casco en la cabeza lleno de electrodos y cables de variados colores. Estaba con el torso desnudo, bueno, vestido por más cables que salían de unas placas metálicas cuadradas sobre sus hombros y muñecas. El hombre parecía ajeno a todo y asemejaba estar acostumbrado a sólo poder mirar al frente, a un espejo que era unidireccional y por ahí le veían las dos mujeres, y gracias a los cablecillos adheridos a su cuerpo, le escudriñaban las entrañas por el monitor; por dentro y por fuera en la superficie de Narciso, en la pantalla del ordenador.

La investigadora grande y morena asumió su papel de jefe al tomar expresión de preocupación al comprobar electrónicamente que su teoría daba problemas.

- Repasemos –la jefe casi daba órdenes militares a la segunda de abordo en el proyecto- leamos el informe por enésima vez: “Sujeto de 42 años, casi calvo, electricista de profesión, 1,81, culto y le encanta la astronomía. Una amiga íntima que conoció por la astronomía, contactó con la empresa para

eliminar el fútbol de su repertorio comportamental, ya que era muy molesto para ella. Tuvo tres relaciones anteriores con tres mujeres, las tres rotas por el dichoso fútbol. Ingresó en una asociación de astronomía ciertamente prestigiosa y la amiga quiso iniciar una relación seria con él, pero se encontró con un gran obstáculo: una enorme pasión, una adicción que le llevó a engañar a todos y a ella especialmente. Anunciaba oficialmente que había dejado de ser aficionado al fútbol en repetidas ocasiones, hasta que su compañera le aconsejó nuestro trabajo al pillarlo en los vestuarios femeninos con un pequeño aparato de televisión ilegal, viendo una cadena suramericana ilegal que emitía un partido de fútbol ilegal.

- Vaya, vaya... –La jefa se acomodó en su asiento y frunció el ceño- y, él ¿qué alegó?

- Pues dijo, que se había mareado y que fue al vestuario a “sentirse mejor”.

- ¿Y que hacía él en los vestuarios de mujeres? –La gorda mordió sensualmente otro trozo de chocolatina.

- Dijo que se equivocó... –dijo la ayudante rubia algo sofocada por la pasión que entregaba su jefa a la comida – pero yo creo que se trata de una clara provocación.

- ¿La gente se cambia de ropa para mirar por un telescopio?

- ¡Oh sí! Es bastante habitual. Incluso se duchan y se desinfectan mutuamente. Si descubren algo importante pueden sudar.

La jefa hizo un gesto de repugnancia. Acto seguido volvió a pensar en voz alta.

- El caso, es que resiste al tratamiento.

La jefa suspiró, miró al suelo y se sentó frente al teclado del ordenador. Bostezó, entrelazó los dedos de las manos y subió los brazos sobre la cabeza. Parecía mentira que aquella mujer exhibiera tanta flexibilidad y agilidad con su cuerpo obeso; podía concentrarse y posar sus dedos en posturas difíciles. Ella se movía repleta de destreza, fijando unos enormes y hermosos ojos en la pantalla. Cambió el programa de administración de las descargas y las programó para ser más frecuentes y potentes ante el asombro de la enfermera.

- Lo vas a matar. –La rubia adoptó una mueca de asombro y terror mezclados en un gesto de saber, de entender los gráficos y las modificaciones del mensaje de su jefa. Mientras su jefa, no escondía su regocijo y pasó las palmas de sus manos por su cuello, en un ademán desafiante y orgulloso. Luego se frotó las manos en un goce privado, duradero que se prolongó hasta que ella se levantó de la silla y le dio dos palmadas en la espalda a la enfermera y ordenó amablemente:

- Ponle gel en los catéteres de los hombros.

La chica se mordió el labio inferior y tomó un tubo de pasta electrolítica de la estantería con botes, tubos, aparatos de medida y muchas cosas más. El cuarto estaba lleno de columnas y mástiles; el diseño era sobrio y frío contrastando con la opulencia del edificio, un viejo hospital del siglo pasado. La chica, vestida de enfermera, parecía una enfermera estilizada y hermosa. Con gesto de preocupación miró a su jefa cuyo rostro se teñía de rojo ya que estaba frente a la pantalla del ordenador; ella le ordenó con una mano como diciendo: "¡Vamos, hágalo!".

La enfermera de blanco se resignó y penetró en la sala de condicionamientos.

- ¡Buenos días! Bueno, ¿es de día? –preguntó el hombre desde su inmovilidad forzada.

La enfermera sintió lástima ya que no podía contestarle, más aún pensando que le miraba, le vigilaba su jefa.

El hombre apenas le miraba porque tenía en sus mandíbulas unas barras adosadas que le impedían girar la cabeza.

La enfermera rasgó un poco la piel de los hombros desnudos con una pequeña cuchilla y le aplicó la pasta, y así, aseguró los electrodos azulados. Luego colocó pasta en las muñecas y cerró unas pinzas amarillas sobre ellas. El hombre miraba reflejado en el espejo el trasero de la enfermera cuando realizaba la operación. Entraba en su campo de visión ver las piernas esbeltas y desnudas que salían de la corta bata blanca de la enfermera. El hombre, sin decir nada, contemplaba las evoluciones de esos glúteos en su torso. No sintió dolor, ni

escozor, cuando la enfermera rasgaba duramente su piel, él miraba la bien acabada y esbelta silueta de la enfermera de corto.

De pronto, las luces se apagaron y la sala se tiñó de verde, luz verde intensa. Con menos luz, el hombre sólo veía las piernas de la enfermera reflejadas en el espejo. Le gustaba, tanto que no veía su propia imagen en el espejo, sólo los esbeltos muslos, las finas rodillas y las brillantes espinillas.

La morena, desde fuera, manipuló el teclado del ordenador y se pudo oír una voz televisiva que narraba con calidad:

- ...Una tarde perfecta para la práctica del FÚTBOL... –y cuando la voz articulaba la palabra FÚTBOL, automáticamente una descarga eléctrica se desataba por los electrodos fijos del hombre, llenando de conductividad, calor, choque, temblor, golpeteo y pinchazo la zona de la cabeza, el pecho o la espalda en la que estaban colocados los electrodos y el hombre daba un grito de dolor. La jefa lo programó para repetirlo unas veinte veces.

- ...Una tarde perfecta para la práctica del FÚTBOL... –el hombre sudaba mucho entre la luz verde, sin hacer calor. El hombre jadeaba y empezó a llorar de sufrimiento. La enfermera estaba atemorizada y aturdida con las rodillas unidas, en lo único que se fijaba el hombre.

La secuencia se paró bruscamente. El hombre se relajó un poco y respiró, pero no por mucho tiempo porque pronto comenzó otra secuencia:

- El CÉSPED –aquí el hombre dio un alarido también, pero era fruto de la enorme tensión a la que se sometió mientras la indeterminación de la espera de otra descarga fatal; pero esta fue más apacible. Incluso, el hombre se sorprendió por su tolerancia suma, pero su pírrica victoria fue porque la descarga eléctrica en sus hombros era más suave. La secuencia siguió- ...se encuentra en perfectas condiciones para uno y otro EQUIPO –las descargas iban en aumento de intensidad conforme se sucedían las palabras que se referían directamente al juego; las descargas se repetían varias veces y algunas palabras también-... los CAPITANES de ambas escuadras intercambian banderines mientras el ÁRBITRO de la contienda revisa las PORTERÍAS y se va a disponer a dar el PITIDO inicial en cualquier momento, lo que dará comienzo al partido de FÚTBOL más interesante de la JORNADA...

La enfermera salió de la sala verde de condicionamientos y miró a su jefa con cierto desafío en su rostro y con los brazos en jarras.

- ¡Ya basta con 100 ensayos!

- ¡No me diga cómo he de trabajar! El sujeto se resiste al tratamiento. Los valores cerebrales no varían...

- Vamos a dejarlo con los otros y ya pensaremos algo.

De pronto, la jefa miró a la enfermera. Miró sus piernas, su escote, su cabello.

- ¡Espere! Creo que ya sé el motivo de que se cortara el condicionamiento...

La enfermera, con el rostro más inocente, se acercó a su jefa lentamente, sonriente, con pasos pequeños.

- ¿Es algo muy complejo con términos raros de la psicología?

- No -la mujer grande se atragantaba de entusiasmo porque creía haber dado con la respuesta correcta.- es muy simple, el hombre se siente atraído por usted y por su cuerpo.

- ¿Cómo dice? –La enfermera no daba crédito a lo que escuchó, pero sonrió y miró su cuerpo hacia abajo, el trasero y alisó su cintura.

- Bueno, no se ofenda pero creo que el sujeto está más pendiente de sus piernas y su trasero, que del condicionamiento. Lo cuál supone una pérdida de los niveles básicos de atención que pondrían en marcha el programa de reforzamiento negativo, perdón, de castigo ya que el propósito del entrenamiento es reducir la probabilidad de aparición de las consecuencias adictivas de la conducta “fútbol”, que siempre me equivoco con las palabras de “escape”, “evitación” y “castigo”.

- ¿Qué? ¡Oiga, hable en cristiano! –la enfermera gesticuló una incomprensión enorme. Era algo que le atañí1a directamente.

- Pues verá, su culo, se interpone entre mis descargas y el aprendizaje a obviar el fútbol.

La enfermera enrojeció un poco y balbuceó una respuesta inaudible porque la jefa siguió hablando:

- Así que lo haré yo porque no creo que se fije en mi cuerpo con tanta pasión. El efecto de su figura se verá amortiguado por mis formas de “obesa poco atractiva”.

- ¡Mujer! No diga eso...

- Bueno, “ballena o tocinorra”, si lo prefiere. Así, que si no le importa manejar los controles de las descargas.

- ¡Cómo no! –La enfermera estaba risueña pues había conseguido tres cosas de un mismo tirón: que le llamaran tía-buena, dejar al hombre que le producía angustia verlo sufrir y el buen humor de su jefa al llamarse “tocinorra” de manera divertida siendo que tenía razón.

Cambiaron los papeles y el hombre adoptó una expresión de decepción ante el cambio. La jefa sonrió maliciosamente porque parecía que su teoría se confirmaba pero, al rato, ella vio como no le afectaban las descargas y el hombre sonreía. Chillaba con cada descarga pero miraba atentamente el pecho de la jefa gorda que resultaba muy prominente, unos pechos descomunales, al igual que todo el cuerpo, pero, tan cerca de ellos parecía que algo iba a estallar. El calor del día hizo que se desabrochara el último botón de la camisa gris, e hizo que quedara al descubierto el canalillo entre los dos senos que seguía el hombre con la mirada mientras se le caía la baba. La jefa gorda no lo sospechó pero fue su busto el que le quitó la atención a los shocks, y ella abandonó apesadumbrada la sala de condicionamientos y luz verde; la enfermera se encogió de hombros y puso las palmas de las manos al cielo. La doctora obesa se quitó las gafas y se frotó los párpados; dijo sin mirar a la enfermera:

- ¿Puede ocuparse de que se lo lleven a descansar con los otros?

- Como no... -la enfermera descolgó el teléfono y habló. La jefa se sentó con los codos apoyados en la mesa, con las muñecas soportando la cabeza y los ojos. Las dos mujeres entraban en el campo de visión del hombre prisionero que no dejaba de sonreír.

Dos hombres corpulentos entraron murmurando. Iban de blanco cómodo y calzado deportivo. Entraron en la sala y en un ademán vertiginoso, le libraron de los anclajes, electrodos y ataduras y lo escoltaron, bueno, el hombre estaba muy débil y encogido, y no podía caminar; se cayó de bruces dos veces y así, los

guardas de la empresa lo llevaron cada uno de un brazo, sin que apoyara los pies en el suelo. Los dos mozos fuertes, llevaban un distintivo en el pecho con el eslogan de la empresa: “si no va con nada, si es de la mayoría, si es comercial, nosotros lo eliminaremos”.

No saludaron a las mujeres y pasaron por delante de ellas en un gesto mecánico. Llegaron a unas estrechas escaleras de caracol y llevaron al hombre a una especie de living azul claro con dos sofás más oscuros. Luego, los hombres le descargaron en el sofá grande como si de un saco de vegetales se tratara. Se fijó, con la dificultad del agotamiento, en que había varios hombres más, todos pálidos y demacrados como él. Caminaban babeantes en círculo abrazando a los guardas y pidiéndoles chocolatinas. Estos se reían y les empujaban con fuerza.

- Vamos, en mi despacho tengo cafetera. –Las dos mujeres salieron de la sala en tono cansado y esperanzador; en el silencio de terminar la jornada laboral. Llegaron tras el corredor poco iluminado a una puerta metálica grande con un cerrojo electrónico y la jefa gorda accionó su tarjeta plástica con desdén. La luz se encendió automáticamente y se accionó el despacho entero: papeles, libros, un ficus, tres sillas, una fotocopiadora (o algo así), un acuario sin peces, una cafetera, un ordenador y una mesa elegante y oscura.

Él supo de sus compañeros de living. Todos se movían con dificultad. No fijaban la vista y hablaban como después de ir al dentista, balbuceaban mientras la saliva caía en un hilillo que se rompía en un ligero chapuzón.

Uno de ellos era aficionado a las maquetas, aviones y aparatos de guerra en miniatura que deben ensamblarse y pintarse con cuidado y precisión; tal vez por ello temblaba un poco. El calvo delgado leía novelas de ciencia-ficción y veía películas de ciencia-ficción con pasión. El pequeño pelirrojo era amante de los juegos de rol y de todo lo que Tolkien podía escribir. Los trenes, los espías, los soldados de plomo, los juegos de ordenador, los westerns, la música ligera, los crucigramas y muchos otros tenían sus representantes también, y cada cuál hablaba de sus preferencias.

- Lamento decirlo, pero usted no es el único que lleva el fútbol en la sangre –dijo el amante de la televisión, ciego y con los ojos llenos de alguna sustancia morada...

- ¿Por ejemplo? –dijo el hombre que aún jadeaba- a ver. Preséntememe a uno sólo.

- No puede ser, es lamentable que todos se hayan vuelto locos... – dijo el amante de la ciencia-ficción.

- Yo prefiero decir que los han exterminado, eliminado, borrado... –dijo en voz baja el de las novelas de espionaje, envuelto en su gabardina color sepia.

- Les quitan lo que tienen de hombres... –sentenció el aficionado a los toros vestido de torero.

- ¡Oh! Siento curiosidad, ¿Cuál es su tratamiento?

- Es muy sutil, un vídeo representa a un toro que siempre me coge.

- ¡Pues a mí, esos energúmenos de los guardias me hacen tragar maquetas de avioncillos y tanques de plástico!

- Eso no es nada. Cada vez que la princesa Leia [1]le da un beso, o un abrazo, o una mirada con intenciones, a Han Solo[2], me mandan una descarga eléctrica en el pene...

En el frío despacho de la jefa del proyecto Para Eliminar Conductas Vulgares (E.C.V.), las dos tazas de café parecían formar parte de una coreografía para festejar el haber terminado una dura jornada de trabajo.

- Isabel, dime lo que te preocupa, sin miramientos –dijo la jefaza que se desprendió de su atuendo laboral y se había cambiado de camisa. Ahora lucía una camisa rojo intenso y pellizcaba la barbilla de la bella enfermera.

- Pero doctora, es fuerte y muy desagradable...

- ¡Oh vamos! Yo soy psicóloga, puedes confiar en mí. ¡No seas mojigata!

- Bueno, allá voy: mi novio es sospechoso de “trekkie”[3] –dijo la enfermera mientras daba vueltas al café solo. La jefa llevó a mano a la boca en un gesto de sorpresa e indignación:

[1] Leia: nombre de un importante personaje femeino de la serie cinematográfica “star wars”

[2] Han Solo: nombre de un importante personaje masculino de la serie cinematográfica “star wars”

[3] Trekkie: aficionado pasional a la serie de televisión y cinematográfica “star trek”, que en España se llamaba “la conquista del espacio”. Los trekkies se visten y maquillan como los héroes de su aventura, como Miter Spock, el almirante Kirk...

- ¡Dios santo! Qué vulgar! -La jefa hizo un ademán repulsivo.- Eso es muy grave, ¿cómo lo sabes?

- Estoy hecha un lío porque él, admitía que de niño era trekkie convencido, pero sólo cuando fue crío. Incluso lo ha desmentido públicamente… Pero cuando hacemos el amor, siempre dice "Ven aquí, Ujura [4]mía" y en pleno orgasmo siempre dice "Bienvenido al Enterprise[5]".

La jefa sorbió el último sorbo del café como si fuera a tragarse la taza y le dijo a la enfermera:

- Tráetelo por aquí.

[4] Ujura: nombre de una mujer protagonista de "star trek", la única mujer protagonista en el puente de mando de la nave espacial.

[5] Enterprise: nombre de la nave espacial de la película comandada por gente de los 5 continentes y po un individuo de otro planeta, "Mr Spock". Tipo de orejas especiales.

Leyendas urbanas: El asesino del agente de seguros

Con la sonrisa de vendedor ambulante y en medio de un sopor de cuatro horas de vista, el abogado mandó declarar a su testigo.

Todo olía a madera vieja, a óxido y a ambientador barato. La mujer cuarentona tomó asiento al lado del juez.

- Y... ¿Qué quiso decir exactamente con “no me extraña...”?

- ¡Protesto!

- Se acepta la protesta.

- Bueno, lo diré de otra manera... ¿Qué significa que no le extrañaba ese comportamiento de su marido?

- Ex-marido.

- ¡Protesto!

- Supongo...

- Pero... ¿lo esperaba o no?

- ¡Protesto!

- ¡Conteste! No retire la pregunta...

- Cuando le abandoné no dijo nada, incluso bostezó. Yo me puse histérica y le tiré el asado por la cabeza. Ni se inmutó.

- ¿Nunca le dio motivos de celos?

- Sí claro, como buena mujer siempre hay que dar “incentivos picantes” a los maridos.

- ¿Qué tal el sexo con su marido?

- ¡Protesto!

- ¿También usted? Bueno, no me da reparos hablar de esas cosas íntimas en público. ¡Ay! -La mujer suspiró como recordando algo- al principio bien hasta que llegó el momento en el que se aburría y empezó a contar chistes malos recién inventados.

- Entonces, comenzó su proceso de separación por la incompatibilidad sexual.

- No. Me separé por los chistes malos.

- ¡Protesto!

El acusado bostezó.

- ¡Protesto!

- ¡Oiga! -le dijo el acusado al fiscal con una pizca de burla- usted protesta mucho, ¿no será usted protestante? -la sala estaba atestada de gente y se hizo el silencio. El anciano juez rió a carcajadas exageradas.

- Muy sagaz, muy sagaz... -el juez continuó riendo, mientras ejecutaba un gesto con los dedos índice y pulgar- protesto-protestante, ¿lo cogéis?

- ¿O acaso su perro lleva por nombre “Protesto” y se ha acostumbrado a llamarlo? -solamente el juez rió de nuevo su chiste malo.

- ¡Ay! -exclamó el juez- este me mata.

En efecto, el juez calló de la silla y se armó revuelo.

El alguacil llamó al orden y preguntó asustado:

- ¿Hay algún médico en la sala?

Se levantaron dos personas que decían ser médicos. Un hombre calvo y una mujer joven, alta, esbelta, rubia, de mucho pecho y que vestía un traje rojo, corto y escotado.

El alguacil escogió rápido y ordenó firme y autoritario:

- Usted misma.

La chica corrió y le tomó la mano al juez:

- Está muerto- dijo.

La algarabía general visitó la sala y los murmullos apenas dejaban escuchar la sirena de la ambulancia, el chirrido de las ruedas de la camilla y la cremallera del saco de plástico que envolvía al juez en su estuche.

Un individuo de cabeza pequeña dijo que la vista se reanudaría cuando elijan a un juez suplente. La policía se volvió a llevar al acusado a las

mazmorras de la comisaría del centro con las manos esposadas. Al pasar entre la gente, todos comentaban sus peripecias con la justicia:

- ¡Cabrón! Mataste a mi hermano, todos sabíamos que era un pesado, pero ¡Hombre! ¡Eso no era para matarle! ¡Pagarás por esto!

- ¡Ahí te pudras impotente! -esa era su mujer.

- Así se te seque el haba... -esa era la madre del agente de seguros asesinado.

Le hicieron montar en un coche de policía cuidando de que su cabeza no golpeara con la puerta del coche y éste arrancó suavemente entre gente, casetes, periodistas y el humo pesado de los coches que pintaban la ciudad de gris.

Un flexo apuntaba su rostro, le deslumbraba. Dos policías con camisa blanca y tirantes de arlequín le querían interrogar en un cuarto de madera con un espejo enmarcado con estaño. Era un espejo falso y todos sabían que se trataba de un cuadro de cristal unidireccional en el que alguien habría al otro lado, fijo.

- Repasemos de nuevo... -dijo el más alto secando el sudor de su nuez.

- Pero si es aburrido... ¡No hay nada que repasar...! No he matado a nadie y ya está... -el otro policía enrojeció y dio un golpe en la mesa.

- ¡Si mi compañero dice repasemos, repasamos! -El rostro del policía se iba acercando al rostro del acusado conforme iba subiendo el tono de la provocación.

- ¡Vale, vale! - el acusado le miró con susto.

- Bien. El día de autos llamaron a su puerta -dijo el policía listo.

- Brun, bruuun... -El acusado puso un gesto como si estuviera jugando con el volante de un coche.

- ¿Qué hace ahora? -preguntó inquisitivo el policía fuerte y tonto.

- Es que como ha dicho “autos”.

- ¡Atento! -ordenó el policía grande.

- Abrió la puerta y entró. -El acusado se levantó de la silla y comenzó a gritar:

- ¡Entró, entró..!, Punto, juego y partido.

El policía grande se abalanzó sobre él y le agarró del cuello:

- ¡No soporto los chistes malos! -el policía grande le golpeó y el policía arguellado quiso impedir el segundo golpe.

- No te alteres.

- ¡Es que me saca de quicio!

- Sigamos. ¿cómo le mató si no había manchas de sangre ni señales de lucha?

- Yo suelo usar lejía viva, quita las manchas de sangre y las señales de lucha -respondió tranquilamente el asesino de pelo canoso con un brillo especial en los ojos.

- ¡O le mato o muero yo! -el policía fuerte se desplomó con gran ruido al suelo de madera sin barnizar y musitó un leve gemido.

El compañero sagaz se preocupó e intentó tomarle el pulso en vano.

- Parece algo diabólico, ¿cómo consigue saber quién es hipersensible a los chistes malos?

- Yo sólo cuento chistes buenos. ¡Me ofende que diga eso!

- Lo mató porque hablaba mucho... Era un pesado, ¿no?

El policía se tensó tras el infarto de su compañero.

- Yo no maté ni he matado a nadie nunca, sólo murieron.

El policía rodeó a su compañero que yacía en el suelo. Caminaba frustrado por no conseguir una confesión de ese asesino cruel. Mientras el hombre bostezó y sintió molestia en las muñecas esposadas. Quiso pedirle al policía que le quitara las esposas, pero se interpuso una idea en sus palabras. Sonrió y miró al policía con un brillo especial en los ojos; el policía lo detectó porque fatalmente se cruzaron sus miradas y gritó mientras corría a la puerta.

- ¡No! –no la pudo abrir porque estaba atascada. Se angustió y gritó: mientras golpeaba la puerta en vano.

- ¡Socorro! ¡Ayuda! -El hombre le preguntó suavemente, con cínica sonrisa y ese brillo especial en los ojos:

- ¿Está casado?

Leyendas del far west: la revolución culinaria

Entre las más desoladas dunas del desierto del Estado del Sur del Oeste de Norteamérica, al Norte, se hallaba el pequeño poblado católico de Santiwar. El único hotel del pueblo, el "Sábanas y almidón", había contratado a un cocinero mexicano de origen, Felipe, famoso por la salsa picante y por las úlceras de duodeno. Tenía pendiente un juicio por estafa, ya que provenía de un hospital de enfermedades digestivas, en cuyo restaurante cocinaba sin parar, cantidad de platos que provocaban malestar estomacal; fue detenido por estar amañado con el director del hospital, el hebreo Formegold.

En la cocina del hotel, Felipe quedó estupefacto al mirar al huevo frito que se le revelaba.

En efecto, el recién nacido huevo frito, gritó seseando:

- ¡Viva la revolución!

Felipe, que fue bueno hasta la fecha, se sentía culpable. No daba crédito a sus ojos y se los arrancó, como buen católico. En el hotel, todos huyeron, excepto la cliente Clara, porque habían oído el alarido de Felipe.

El huevo frito, se creía superior, pero tenía un defecto: no tenía sal.

Felipe, moría de la hemorragia, a pesar de tener cuarenta y tres años y ser calvo.

El pinche de cocina Adalberto, fue testigo de la escena y creyó que el hotel estaba endemoniado. Por eso, aterrorizado, no avisó a la policía.

Huevofrito, sintiendo el calor de la victoria, se preparó para hablar a todos los alimentos.

- ¡Compañeros! ¿No os sentís oprimidos por el apetito humano? ¡Hagamos la revolución! Yo solo, soy débil. Cualquier humano aplastaría mi yema con su dedo, y me mataría. ¡Pero unidos, seremos invencibles! Todos, vacas, pimientos, patatas...

Los tomates, usualmente cruel y salvajemente despellejados, aplaudieron. Pero, el ambiente general era de confusión. Clara, escuchó todo y creyó poder

salvar a la humanidad. La joven morena, creyó que se trataba del diablo y se decidió.

Mientras, en la cocina blanca de flúor, debatían los alimentos los nuevos planes para derrocar la opresión de los hombres, la pimienta charlaba con el cerdo recién asesinado, la bella Clara irrumpió en la habitación, desnuda y sosteniendo un brillante sable moro con la mano izquierda. Se manchó de rojo las piernas porque todo estaba inundado de sangre de Felipe. El pimentón se sonrió.

Huevofrito tembló ante los gritos de la joven que, como si de una libertadora heroína se tratase, blandió el sable curvo, por encima de la cintura y con expresión de esfuerzo.

- ¡Satán! ¡Lucha con mi cuerpo virgen si puedes! Mi fe te derrotará... -Los senos turgentes de Clara bailaban al son de los gestos amplios y difíciles.

Todos tenían miedo, hasta las guarecidas almejas. También la robusta piña; todos, salvo el cura John, que llegó a toda prisa, avisado por Adalberto para exorcisar la sala. Llegó con una espada enhiesta, mayor incluso que la que Clara portaba. La miró y raudo la atravesó pensando en que era el mismo demonio reencarnado. Mientras acababa con el lindo cuerpo de la joven, gritó satisfecho:

- ¡Pecado de la carne!

Los cuerpos de Felipe y Clara, estaban inundados en sangre y formaban una cruz latina, y parecían acompasados con el silencio de todos los alimentos. El cura John, relajado, se comió a Huevofrito y la revolución se disipó. Al rato, vomitó nauseabundo porque no tenía sal. Y aquí termina la leyenda de.

Leyendas urbanas: El hombre que apagó el sol

Siendo tarde sonó el teléfono y nadie contestó porque nadie había en casa. Era muy tarde y la oscuridad se adueñó de la casa que olía a cebolla y a naftalina. Sin embargo, había un calor inusual y cómodo que serpenteaba su vida. Estaba solo, pero, en su juventud había bebido litros y litros de una medicina saturada en su infancia: una buena ración de familia numerosa. En medio de una fingida oscuridad ese pisito del centro escribió su historia, su cabalgar en esta señora vida y un tufillo podrido de la cocina ya que no había fregado los platos hacía semanas. Un resplandor intermitente de la luz del reloj del vídeo que nunca supo manejar y un plato de macarrones de dudosa reputación en la salita.

El piso rebosaba serenidad y el placer de no ser el culpable de nada. De pronto, un ruido metálico quebró la armonía.

Él llegó con sus ochenta kilos y su calva reluciente del reflejo de la luz de la escalera. Le costó varios intentos acertar con la cerradura, dando volteos fruto del alcohol consumido. Las energías que tuvo las usó para quitarse los zapatos y tumbarse en la cama. Los ojos ya los había cerrado y sólo recordaba el escote de la rubia amiga de la novia de su amigo y que no vino a casa con él. Quiso apagar la luz de la lamparita de la mesilla de noche azul y tanteó porque no estaba dispuesto a abrir los ojos. Tanto tanteó que se equivocó de interruptor en la búsqueda del botón y accionó el interruptor del sol.

El sol se apagó y él no se dio cuenta, nadie se percató, pero en otras partes del mundo el pánico reinó esa noche, o mejor, ese periodo de tiempo oscuro, ya que el mundo es redondo.

En otra parte del mundo aquella rubia fastuosa embadurnaba su cuerpo con diversos bronceadores. Ella sabía que todas las miradas de la piscina recaían sobre ella. Una y otra vez le gustaba enseñar su cuerpo desnudo, su forma de frotar su piel debajo de ese minúsculo bikini negro. Pero, de pronto, el sol se apagó y la rubia y las miradas sobre ella se sobresaltaron. Un grupo de sacerdotes incas, adoradores del sol, pensaron en el fin del mundo y en la cólera del astro rey. Un astrónomo calvo y de gafas cuadradas se empeñó en el fenómeno de un eclipse de algo. Un vigilante nocturno no veía la hora de dejar

de trabajar ni la hora de empezar a trabajar. Los mosquitos se ponían las botas. Varios millones de incautos fueron al oculista. Todos aquellos que salieron por la noche pensaron que la juerga no terminaba y siguieron alegres, aunque fuera mentira. Los militares sospechaban de sus enemigos. Los recibos de las compañías eléctricas se dispararon. Dejaron de funcionar las baterías solares de relojes, calefactores y calculadoras. Las flores se marchitaban. Los comerciantes de gafas de sol se preocupaban. Los que iban a pescar dejaron de madrugar y los cazadores también. Las aves rapaces nocturnas se empacharon y muchos fabricantes de sombrillas se deprimieron.

Pero el chico se despertó con la garganta seca, ganas de vomitar, dolor de cabeza, dolor de ojos, ganas punzantes de orinar y la nariz tapada. Estaba todo oscuro y no se percató de que había dormido quince horas seguidas, lo vio todo oscuro y dobló su cuerpo en busca del ansiado interruptor; tanteó y tanteó que volvió a encender el sol. La luz le deslumbró pero nunca supo que fue el origen de semejante caos escrito ya, a punto estuvo de empezar el juicio final, pero no hizo falta, todo volvió a su cauce hasta que volvió a emborracharse. Suerte que el mundo es plano.

Leyendas urbanas: El secuestro del reflejo

A esas horas el mundo era incómodo. Levantarse de la cama constituía una enorme gesta en la que estaban involucrados la abnegación, la voluntad y la estupidez de que se reprochara una y otra vez el haberse acostado tan tarde otra vez y que qué poco había dormido. Pero se desperezó y bostezó escandalosamente en ese viaje al cuarto de baño. Antes de meterse en la ducha, se miró al espejo y no se vio.

Atónito, hizo varios gestos tontos, se fue y volvió varias veces y hasta bailó frente al espejo, en el lugar en el que suponía que estaba su imagen, pero era inútil, su imagen no estaba en el decorado que reflejaba su espejo; pero el se veía a sí mismo: veía su hombro, sus manos, su cola... Pero no se veía reflejado en el espejo.

Se preocupaba más y más en una consternación que le quemaba. Se le ocurrió ir a ver al médico o llamar una ambulancia, ya que el sudor frío se adueñó de su rostro y la angustia se iba apropiando de su tímida persona, pero pensó en vestirse primero.

Lo intentaba en vano con otros espejos y no consiguió verse. Incluso fue a casa del vecino evangelista, pero sólo pudo ver la imagen del vecino y su sorpresa. El bigote del vecino se erizó al pensar que se trataba de un vampiro que no se podía ver en los espejos, ya que, de hecho, los vampiros no se pueden ver en los espejos.

Muy nervioso, sin poder dar fe a esa realidad que le agobiaba, ajustó el cuello de su gabardina gris oscuro y se dirigió a su casa. Vio en el suelo, delante de la entrada de su hogar, un papel que recogió extrañado. Era una nota en papel estraza un poco arrugado. La leyó con el sinsentido inscrito en su rostro:

“Muy señor mío:

Si desea recuperar su imagen en el espejo deberá personarse en los aseos de hombres del casino a las 8 de la tarde con 62500 pesetas escondidas en una caja de galletas de hojalata. De no hacerlo así, es posible que nunca más vuelva a verla. No avise a la policía ni a su primo, de nada servirá...”.

El papel era amarillo, mecanografiado con algo viejo y gastado. Frotó sus párpados y decidió no hacer caso a lo que le pasó. Fue a afeitarse y eso le resultó especialmente molesto sin su imagen en el espejo, por eso, fue al casino con su gabardina gris oscuro de cuello cerrado, dispuesto a entregar el dinero del rescate, renegando así, su decisión. Curiosamente, guardaba esa cantidad en una vieja caja de galletas azul, con estrellitas doradas, de hojalata vieja. Había ahorrado esa cantidad exacta para comprarse un telescopio que vio expuesto en el escaparate de la tienda de fotografía de la esquina. Poder ver mejor las estrellas y la luna, suponía mucho, pero era más importante recuperar su imagen en el espejo. Ató sus zapatillas deportivas azules con una estrellita amarilla, cogió la caja ruidosa de la estantería y partió valeroso en pos de enfrentarse con ese extraño ladrón de imágenes en el espejo.

Había pasado cientos de veces al lado de la puerta del casino, pero jamás se había adentrado en sus dependencias. Tomó ansioso el pomo macizo de la puerta y lo primero que vi1o le inundó en una familiaridad enajenante por desconocida: las paredes estaban enmoquetadas con terciopelo rojo y había unas mujeres poco vestidas con lencería fina roja y negra. Las camareras del casino llevaban bandejas llenas de vasos con bebidas a la gente que rodeaba ansiosa las mesas de juego; esos estaban pendientes de algún naipe, algún dado o que la bola de la ruleta se detuviera en una casilla en concreto. Atravesaba la estancia llena de opulencia con la mirada fija en las sorpresas que le aguardaban y unas mujeres bellas y de proposiciones y de tintineos y de alfombras verdes y azules y vestidos de gala y murmullos de dinero y de ¡Apuesten señores!

Había un pasillo con un cartel luminoso en forma de flecha que apuntaba a dos puertas rosas con un hombre y una mujer pintados respectivamente. Atravesó nervioso la de los aseos de hombres y fue directo al lavabo. Sólo había uno bajo un gran espejo; no se pudo ver, sólo vio la estrecha puerta verde de enfrente que daba al inodoro y la puerta por la que había entrado.

Estaba pálido y demacrado, la preocupación le obligaba a una ansiedad sin protagonista. Accionó el grifo y fue como el interruptor de algo mágico que hizo titilar la luz de la estancia que olía a ambientador del barato.

De pronto, una imagen se formó en ese espejo: era un hombre joven, en una penumbra plana y con movimiento propio y ataviado con una gabardina gris oscuro.

Desde el espejo una voz eléctrica y ronca le saludó:

- ¡Hola!

No daba crédito a sus ojos, pero le pareció ver una mirada ladina e inquisitiva.

- ¿Has traído el dinero? –La imagen sonreía burlona. Temblando entregó la caja al espejo; la imagen cogió la caja, tomó los billetes y monedas y los contó, luego lo metió en un bolsillo de su gabardina y arrojó la caja hacia el interior del lavabo con ruidera impresionante.

El hombre abrió los ojos cuando vio a la imagen reír, unas carcajadas limpias, sonoras y fantasmales. Se sorprendió tanto que no pudo resistir y se desmayó. Cayó aparatosamente al suelo del aseo. La imagen del espejo carraspeó y saltó ágilmente hacia el cuarto de baño dónde yacía el hombre, apoyándose en el marco del espejo. La imagen partió con paso decidido a gastar el dinero en el casino con alcohol, apuestas y mujeres de dudosa reputación. Al salir, la imagen tropezó con la mano del hombre inconsciente, y, tuvo que detenerse, agacharse y atarse la zapatilla deportiva, azul y con una estrella amarilla.

Leyendas del far best: el italiano Ravioli

Una buena mañana, con sol, llegó a Kaktusay-city, el italiano Ravioli con treinta y nueve años, y pocas cosas más en las alforjas. La gente de las calles reaccionó inmediatamente y lo apodaron: "el forastero". Algunos de ellos lo conocían con el nombre de "el extranjero"; Griscie, como hombre respetado y concuñado del juez Baltimore (hombre de buen humor, qué solía contar chistes y anécdotas variadas, hasta que un piel roja le arrancó la lengua), no alegó nada. Ese silencio otorgó, y Ravioli, se asentó en la ciudad, famosa en el mundo entero por sus mondadientes artesanos.

La hija del juez Baltimore se enamoró de él.

Trabajador, hombre de recursos y de bigote espeso, muy pronto puso en marcha su iniciativa y abrió un restaurante italiano al que todos los habitantes acudían a comer de todo, menos raviolis.

En poco tiempo, alcanzó gran fama y se ganó la amistad, la confianza y la camaradería de todos. Todos querían la suculenta cocina de Ravioli y sus pizzas, sus pastas, sus salsas... Enriqueció.

Pero, llegaron los problemas y apareció un competidor. El temible semblante del propietario del restaurante español "Pérez". Al principio, los habitantes de la comunidad se dividían entre las pizzas y la tortilla de patata. Con el paso del tiempo, la envidia y la competición creció y las malas artes empezaron a pulular en Kaktusay, maravilloso oasis en medio del desierto de Todoseko. Pérez intentó fundar el "Opus Dei" y Ravioli, la mafia de Sicilia en el pueblo. Ambos fracasaron porque hacía mucho calor.

Ravioli, que no usaba sombrero, quiso solucionar el problema de una vez por todas y se enfrentó, hombre a hombre, con el pistolero Gunmore, que Pérez contrató. En la calle, sin mujeres ni niños, cuando el pistolero iba a disparar, rápido cuan centella, lanzó Ravioli su espagueti-lazo contra el revólver enemigo, que se enredó y tiró la pistola al suelo.

Gunmore quedó en ridículo y ya no fue tan temido por las gentes, gracias a la hazaña de Ravioli, que fue de pronto, venerado por todos y decidieron comerse a Pérez en un grito unísono: "¡No comeremos más paella...!" Ravioli,

halagado en extremo, accedió gustoso a cocinarlo con champiñón y mozzarella. Fue nombrado sheriff y se casó con la muchacha más hermosa del pueblo: la hija del juez. Su fama se extendió por los pueblos cercanos y aledaños del lugar.

Pero Ravioli aspiraba a más...

Gracias a su lazo-espagueti, se fue apoderando poco a poco del estado. Su habilidad manejando el cordel de pasta, era impresionante, y con su popularidad, fue nombrado presidente de los Estados Unidos. Su programa de gobierno, acogido con fervor por el pueblo, consistía, principalmente, en crear una línea de espagueti entre San Francisco y Nueva York, pasando por el lago Michigan, el cual, una vez vaciado a cubo, serviría de gigantesca cazuela para cocinar la pasta. Y de ahí, la razón verdadera de la expansión colonial de Norteamérica: obtener trigo, harina para crear la pasta. Emborrachado de poder, impuso un régimen de terror entre el pueblo; las truchas de Michigan, se manifestaron, pero fueron ejecutadas y asadas. Abortada la oposición, comenzó el trabajo sin demora. Ravioli empezó a trabajar en un colosal proyecto, realizar una monstruosa tarea que le diera gloria eterna: pretendía unir, las catedrales góticas de todo el mundo, mediante una gran línea de macarrón. Lo malo es que, Ravioli no pudo continuar su labor humanitaria porque murió de un estornudo. Su hijo, Ravioli II pretendió continuar la labor de su padre, sin tanta gracia.

Otra dificultad añadida, fue la venganza de Pérez II, que conspiró al poder de Ravioli II, instruyendo a coyotes y ratas para comer toda la pasta sin salsa. Este, reaccionó mal y se volvió loco; se retiró de la política, y se dedicó al petróleo como perforador.

El tiempo borró las huellas de los Ravioli, no así Kaktusay que los recuerda con cariño. Todos los años, en la fiesta mayor, se comen al propietario de un restaurante español, en su memoria. Los más viejos del lugar, dicen que Pérez I, cocinado por Ravioli I, " el espagueti de oro", (como era conocido por las gentes del pueblo), era más jugoso.

Y aquí termina la leyenda de.

Leyendas urbanas: malos que lo tienen mal

Era un día caluroso, de esos que derriten el asfalto. Un hombre sentado en el suelo y cobijado por una sombra potente, me pidió un poco de margarina para su bocadillo de jamón.

- Es que, verá, tengo esa costumbre...

- Yo también; desde que hubo unos anuncios por la televisión. ¡Eso sí! Margarina y no mantequilla en el pan por lo del colesterol.

Me sentía ufano y le tendí la tarrina de plástico que siempre llevo en el bolsillo. Pero estaba blanda, casi derretida por el calor. No me hizo falta ofrecerle un cuchillo para extenderla en la rebanada de pan pues él se hizo con asombrosa rapidez con una navaja automática de filo de cuatro dedos; su habilidad en el manejo de ese instrumento me hicieron sospechar de que trataba de un profesional, de un delincuente peligroso. Me miró mientras deglutía un enorme bocado rebosante de migas. Con la boca llena de comida gorjeó un gracias absolutamente disártrico.

- Bueno, adiós.

- ¡Espere!

Volví temeroso la cabeza al partir y el malo empuñó su navaja y presionó mi nuez con el filo. Comencé a temblar de pánico cuando él me dijo con voz ronca:

- Por favor, déme la cartera y no le pasará nada.

No lo pensé dos veces y se la entregué con cuidado, con movimientos casi estudiados y, a pesar de que el pánico no me permitía razonar con fluidez, pude ver claramente sus entornados ojos grises, su rostro recto salpicado por dos cicatrices de arma blanca, su nariz puntiaguda clavada en un rostro alargado, sus finos labios, su porte elegante. Iba ataviado con un jersey negro de cuello de cisne de lana australiana, unos vaqueros gastados y de marca gastada y unas botas camperas; pensé fugazmente en su traje, impropio de ese verano tan caluroso.

- ¿Lleva algo más de valor?

- No

Entonces hubo un silencio de varios minutos. En la esquina de penumbra el enfilaba mi cuello presionando con el enorme cuchillo. Rompí la tensión porque ese silencio forzado me iba a hacer explotar.

- ¿Y ahora qué?

Otro silencio; pero, paulatinamente el malo respiraba con menor agitación y me fue soltando hasta que acabó guardando el cuchillo. Miré sus ojos y me apiadé de él. Él se frotó los párpados y exploró las órbitas de sus ojos en una maniobra de desesperación.

- ¿Le pasa algo?

- No puedo atracarle. -Su voz se transformó en un hilillo lastimero.

- ¿Y eso?

- Verá, soy un personaje de ficción: soy un malo.

De pronto, me percaté de que efectivamente, tenía cara de malo. Me hablaba en un tono triste con absoluta propiedad.

- Y como malo que soy, si le hago alguna cosa no tardará en llegar un policía aventajado y me detendrá. -El hombre exclamó en rictus dramático- ¡Oh cruel destino! ¿Cuándo cesarán tus embestidas?

Me sumergía en un mar de incomprensión si abordaba al trágico hombre que hacía sólo dos minutos intentó atracarme.

- Dígame, ¿cuál es su desventaja? Usted dijo que era un personaje de ficción. ¿Por qué temer? ¿Acaso no será la policía también de ficción?

- Inteligente deducción, pero obsoleta en mi caso. Siempre deben ganar los buenos, siempre. ¿Nunca ha oído expresiones cómo “eres más lento que el caballo de los malos? En la ficción siempre nos dan los caballos peores, los coches más lentos. Nuestra debilidad es obvia; y cuando nos dan alguna ventaja, siempre hay un bueno con mejores cualidades que muestra al final. Siempre nos cogen. Los malos somos tontos, feos, ofensivos, desagradables, guarros, mal educados, cínicos, duros, antiestéticos, crueles, temidos, sucios, avariciosos, facciosos, inmundos, necios, deformes, violentos, torpes, estúpidos, agresivos, sediciosos, cínicos, rebeldes, cerdos, vulgares... O su equivalente femenino. Pero

lo que más somos, es un capricho del bueno que siempre gana. Ya seamos ladrones, rufianes, embusteros, pícaros, extorsionistas, cuatreros, proxenetas, traficantes, rateros, tratantes, mafiosos, políticos, Sin embargo, sean lo que sean los buenos, siempre han de destacar.

- Pero hay muchos que no se acomodan a su descripción.

- No lo creo, amigo, en la vida sólo se puede ser bueno o malo. Lo peor es que hay buenos que se transforman en malos y viceversa. Por ejemplo, si en una novela de terror el protagonista es un malo, acaba perdiendo o convirtiéndose en bueno. Es una ley. –Aseguró el personaje.

La sombra era tan potente como el sol y el malo llevó sus manos a las sienes habiendo saciado su hambre.

- ¿No ha dicho que todos los malos tienen algún defecto físico, ¿cuál es el suyo? yo le veo limpio y agraciado, supongo que atractivo para las damas.

El malo abrió los ojos mucho y me miró penetrantemente; acto seguido abrió su boca y, mientras se aproximaba exhaló su aliento...

- Halitosis. Me huele fatal el aliento -yo lo confirmé con un gesto despectivo porque me inundó un hedor asqueroso- y también los pies. Por eso me llaman “el de las amantes resfriadas”.

De súbito, a lo lejos sonó un automóvil rápido que tocaba una sirena cruzaba por el barrio. El coche rompió la sosegada sobremesa veraniega y chirrió en sus frenos potentes a escasos metros de nuestra esquina con sombra. El malo echó a correr sin despedirse. Raudo, salieron dos fornidos policías del auto y con dramatismo y empuñando sus pistolas con las dos manos se pusieron a interpretar la coreografía de la justicia; bruscamente apuntaron a la figura del malo que seguía corriendo:

- ¡Alto o disparo!

Leyendas urbanas: la bolsa o la muerte

Se abría paso entre jardines de perfume y espacios imaginados como una exhalación inconexa, fuera de lugar. Era un ser hediondo y delgado, en los huesos como un esqueleto en su capa negra. Una guadaña grande y con óxido coronaba su espantoso semblante, pues se representaba así a la muerte, y se le daba un aire de horror e indefinido respeto. Si los olores se pudieran ver, sería como una estela negra que se dibuja una y otra vez entre la gente. Primaba el espanto angustioso y los cánticos de un proceso terminado entre esa imagen del placer y la última sensación, esa del fin de la vida.

Si los sabores se pudieran ver, una mancha gris teñiría todo, al acercarse la cínica sonrisa de la muerte. Parecían sonar agobios de mil cadenas con los eslabones de pánico y rigor. Hablaba sumergiendo sus ondas angulosas en unos oídos propios de un esclavo del amo absoluto que es la muerte.

- Lo siento, no esperaba a nadie a estas horas...

- Soy el espectro de la muerte y vengo a por tu alma.

- ¡Un fantasma!

- No. Soy la misma muerte.

- ¡Venga ya! Es una broma psicoanalítica.

- Vengo por ti, por tu alma...

- ¿O sea, qué me muera? ¿y no tengo elección?

- Bueno, déjame pensar.

Una situación delicada que enfrentaba y otra vez a él o ella en una encrucijada suave, de cualquier tiempo asimilado por la cotidianeidad que, de pronto, el devenir rompe y hace del escenario lo más abrupto e inesperado; situación rota, quebrada en mil pedazos peligrosos, cortantes que debían sortearse.

- ¿Voy a morir ahora?

- Depende de ti; si lo deseas vas a morir ahora mismo; tu alternativa es simple: vas a vivir, pero no te va a pasar nada interesante.

- Creo que no acabo de entenderlo. -Pensó para sí que tampoco había empezado.

- Es sencillo, te doy a elegir entre el aburrimiento o la muerte.

La muerte entonaba un eco perenne y una voz profunda. La estancia se congelaba ante su presencia solemne, envuelta siempre en un halo de niebla que la acompañaba por dónde quiera que pasara; porque la muerte no iba ni venía, sólo pasaba.

- Pues me quedo un poco más.

- ¿Estás seguro? ¡Será un perpetuo aburrimiento! ¡Un tedio continuado!

- Bueno, si lo pienso un poco, no es que me halla pasado nada interesante hasta ahora, poca cosa... Creo que me quedaré más rato en esta vida.

La muerte dejó de sonreír, si es que una calavera puede dejar de sonreír. Empezó a sorprenderse.

- Pero, ¿estás seguro de tu elección?

- Sí, en el fondo, es la misma cosa...

- ¿Cómo es posible qué...?

- No me hagas enfadar, me quedo y punto.

- Pues...

- Vete a la mierda.

Leyendas rurales: primera leyenda vampiresca

Estaba cansado.

Ya no podía más.

Hacía horas que colgaba de la rama mirando el profundo barranco bajo sus pies; no sé cómo aguantaba. Quizá porque el viejo me había dicho que vendrían en mi ayuda. Pero yo, no confiaba en ellos. Eran unos 500 metros los que me separaban del suelo y varios kilómetros los que había que recorrer para subir la montaña. El viejo era muy viejo y no creo que encontrara ningún medio de transporte para bajar más aprisa. Hacía sólo veinte minutos que el viejo de pana negra me halló en mi original posición.

- ¡Hola!

- ¿Que... tal está us... ted?

- ¿Qué intenta, joven?

- Nada fortuitamente me caí y logré agarrarme a este asidero natural por casualidad.

- Yo mismo intentaría salvarte a pesar del escollo natural que supone la falta de oxígeno en los músculos de mis brazos motivados por mi avanzada edad y por el hecho que creo necesaria cierta seguridad física si me planteo retar a las fuerzas gravitatorias; tal vez seamos los dos los que debamos someternos a su concurso y seamos los dos, a pesar de que de que no nos conocemos de nada, los que nos precipitemos al más desgarrador vacío. Asimismo juzgo que la rama de la que dependes vitalmente no va a soportar la suma del peso de los cuerpos tuyo y mío respectivamente. De tal forma juzgo más habilidoso que recorra el camino que nos separa del pueblo y que trate de obtener algún tipo de ayuda, ya sea mecánica como un coche o una grúa, animal como caballos o mulas o humana como varios hombres o mujeres, localizar a los hermanos Martínez sería perfecto puesto que se distinguen por su fuerza y valentía de entre todos los mozos del pueblo. Así que te aconsejo que aguardes mi llegada y agárrate fuerte y... ¡Anímate! Tal vez sobrevivas.

- Gracias por el interés mostrado y hasta otra.

- ¡Para eso estamos!

Tal vez no fuera demasiado amable pero la angustia se abría paso a mi través y por mis agotados y trémulos biceps. Pensaba en soltarme y lo rechazaba al mirar ese antílope que pastaba tiernamente en la lejanía de abajo, orillas al riachuelo estrecho. Mente en blanco, se me aproximó un murciélago vistoso.

- Aunque parezca curiosa me gustaría saber a qué juegas en ese asa- me dijo.

- No me resultas curiosa, estoy seguro de que lo eres - resultaba difícil hablar en aquella postura, pero el continuo aleteo del quiróptero me proporcionaba un vientecillo muy agradable.

- ¿De veras te parezco curiosa?

- Sí.

- Ya me lo decía mi tía Martinique...

Me sorprendió. Era un animal con las palabras muy accesibles y no dejaba de causarme sorpresa: su gracilidad, su negrura inmensa, sus enormes orejas, su fastuosa perpendicularidad, sus alas extrañas que se movían sin ver más que una nube gris en el paisaje, ese estatismo de conversar con seguridad que contrastaba con el nerviosismo de sus alas...

- ¿U... na murciélago que se lla... ma Mar... Martinique...?

- No le veo nada de particular... Teniendo en cuenta que no somos murciélagos y que es de origen francés.

- ¡Ah! Entonces... ¿Qué eres?- el ser de delante mía miró de soslayo como si estuviera pensando profundamente.

- Es complicado explicar. Yo soy, yo soy... un ser de otro mundo, ¡Eso es Un ser de otro mundo!

- Mar... ¿Marciana?

- No, no. Soy de los vampiros chupa-sangres.

- ¿Una vampira?

- Vampiresa, si no te importa... Me resulta divertida la otra palabra debido a las connotaciones humanas que conlleva. Es preciosa la entonación que adquiere esa secuencia sonora en el interlocutor.

Ya estaba agotado, extenuado. No podía pronunciar e iba a decir "comprendo"...

- Perdona, no te he avisado pero yo soy capaz de leer los pensamientos de cualquier ente pensante, valga la redundancia.

No me fue necesario hablar más; el resto fueron intercambios de pensamiento. La técnica era tan sencilla que no la puedo explicar. Supe que fue mordida hace más de 300 años por un jardinero directo del Conde Drácula y que seguía en la faz de la tierra el mismo tiempo sin que encontrara al hombre de su vida y que vagaba sin final por lo que jamás supo de algún colega que le diera información o amor. Pasaba la mayor parte del tiempo posible en forma animal para ahorrar energía y no tener que chupar mucha sangre humana ya que era muy golosa y sólo le gustaban los cerdos y los diabéticos.

- Crack... - la rama-asidero mía se quejaba preludiando la fatal ruptura. Adela me previno enseñándome los colmillos (anteriormente ya me había dicho telepáticamente su nombre), y me incitó a que ella me mordería como única solución, ya que me transmitió telepática ella la imagen del viejo dormir la siesta con la bota de vino reflejada en el olvido más ingenuo y asesino que era no pedir ayuda para ese joven desgraciado que era yo. No estaba muy convencido y le solicité información al respecto.

- Crack, crack...

- ¡Oye tú! ¿Cómo hay que hablarte? Ni telepatía ni porras. Yo siempre muerdo con ciertas garantías higiénicas- que no vienen al caso- y aviso a mis víctimas porque me considero como una gran vampiresa. De viva voz te digo que me da igual, ya que eres carne de precipicio y si tú te desnucas cuando esa rama termine de romperse, tu sangre quedará infestada de bacterias- cosa bastante probable, dicho sea de paso- y eso es como las piedrecitas de las lentejas, lo peor para los vampiros después de lo de los ajos. Yo te pienso morder quieras o no, dadas tan especiales circunstancias, ya que tú no tienes elección y sólo tienes ante ti o la muerte o mis dientes sin la rabia, te lo aseguro. ¿Enterado?

La vampiresa Adela tenía carácter y yo asentí sin fuerzas para sonreír con mi sistema nervioso central en cabestrillo.

- Clack, clack, clarrac... La estancia se llenó de humo colorado y Adela adoptó forma humana en un instante para abrazarme y darme el beso de la vampiresa e hincar y beber de mi hombro sangre con ya poca hemoglobina. Ya me lo transmitió ella: fue mejor que hacer el amor: sin preguntas ni planes de pensiones; no sólo no dolía ni daba asco sino que daba gusto. Quedó abrazada a mí y me parece que con el peso la rama cedió.

- Clack, clack, clack, clarrac, cataclarrac...

Caímos al vacío abrazados al unísono y de espaldas. Adela me acarició vivamente y me susurró al hemisferio derecho con dulzura: "...piensa en algo negro y te convertirás en vampiro y volaremos hasta la cima". Así lo hice y, a pesar de que no puedo decir en lo que pensé, me transforme en alimaña voladora y torpemente batí mis alas mientras mordía el rabo-guía de Adela, ya quiróptero. Tocamos suelo y ella me volvió a decir: "...piensa ahora en algo rojo y adoptarás tu anterior forma humana...", así obedecí y era como antes, con mis vaqueros, mi camisa de algodón gris puesta y sin capa, ante mi decepción. Pero miré al este: la estrella más hermosa explotaría de envidia ante el cuerpo de esa mujer. Sus largos cabellos rubios como azafrán, sus ojos grandes y azules como mares, sus labios fresas y brillantes, sus hombros desnudos y sobrios, su escote precipicio abundante, sus manitas, sus pies... Llevaba una especie de camisón de raso semitransparente y... "...es que vamos siempre vestidos como íbamos cuando nos mordieron y como a mí me pilló en la cama". A mí eso me daba maravillosamente igual y así se lo expresé. Juntos nos fuimos hacia el infinito.

No sé lo que fue del viejo.

Leyendas urbanas: Estas cosas se avisan

La sonrisa fiel de la satisfacción inundó su rostro joven. Suspiró, como si nada turbara su realidad inmersa en sueños -claro- o sea, una realidad irreal que sólo pudo conjugarse en su risa, nada burlona sino inocente, inmaculada, en alabastro blanco. Sintió una seguridad profunda y agradable en su realización; bueno, no podía expresarlo pero cuando pensaba en ello, sonreía. Tras hacer el amor vio su imagen en el espejo, cómo sazonaba su piel blanca en un maquillaje discreto: solo la raya en los ojos, y algo de *rimmel* en las pestañas.

- ¿Dónde has dejado mis calcetines? -preguntó él desde otra habitación.

- No lo sé; tal vez en la cómoda.

De pronto advierto lo reconfortante de unos calcetines: te protegen del frío y te envuelven. Es como una piel sobre la piel, son blancos, de tenis y huelen mal.

Son las siete. Tal vez llegue puntual al trabajo. Bien mirado, no sé si merece la pena; siempre he llegado puntual al trabajo. Bueno, un trabajo es un trabajo y aun que me toque fregar y servir en el bar de esos grandes almacenes, es de lo más digno, supongo.

La luz de bombillas se agotaba en el nuevo día, aún violeta por nuevo y el sonido del vapor de la cafetera italiana y del hombre que acababa de afeitarse: le encuadraban la felicidad en un marco con diamantes.

Sólo el hacer el amor le entregó las llaves de su sonrisa. No le gustaba el traje de faena pero debía conservar el olor y cualquier vestigio en su cuerpo de haber pasado una de las mejores noches de su vida.

Él salió del cuarto de baño con un traje azul, corbata a rayas rojas y afeitado. No se sentó: se sentía preparado para trabajar en algo importante, pero que no daba mucho dinero, pero estaba tan guapo así...

Ella se le acercó melosa y felina. Él la rechazó inequívocamente.

- Tengo que estar pronto en el trabajo.

Ella se quedó un poco frustrada. Lo miró en sus ágiles gestos de abordar el desayuno.

Bebió el café solo, de un sorbo. Ella permanecía sentada en la cocina blanca y verde de las espinacas de ayer y él caminó despacio hasta la ventana, miró el reloj de la muñeca y se lamentó por llegar tan tarde en un gesto estrepitoso.

- ¡Joder, qué tarde es! -Se subió a una silla y se tiró por la ventana.

Ella lo vio todo y quedó sin habla. Sentada así, sin reacción. No quiso mirar abajo, en la ventana, escuchó a una vecina: "¿Qué ha sido eso?" Estaba anonadada porque su novio se había tirado por la ventana, vestido y con maletín. Todavía no había empezado a llorar cuando sonó el teléfono. Fue en una carrera fruto de los nervios hasta llegar a la salita caoba. Descolgó y musitó un diga inaudible.

- Te quiero.

Reconozco su voz, ¿qué pasa aquí?

- ¿Estás ahí? Es que creo que hoy no te lo había dicho... Bueno, ¡Buen día! -Luego colgó el móvil rojo.

¿Estoy alucinando, o es que me llama desde el más allá?

Fue a su trabajo con la perplejidad del que experimenta algo irracional, sobrenatural. Se propuso no contárselo a nadie, pero sólo pudo aguantar ocho minutos y medio.

- Y, ¿dices que no había sangre, que no estaba el cuerpo? Pues fue una broma, seguro -eso le dijo una compañera de trabajo, de esas que siempre tienen razón.

- Sí, tal vez saltara al piso de abajo para engañarme.

No le daba crédito a nada. No lo divulgaría.

- Pues yo, ya he llamado a la policía. Mi novio trabaja en la comisaría, bueno, él es informático, pero conoce a los detectives.

Unos señores de uniforme azul oscuro fueron con la mujer hasta, su casa: el lugar del incidente. Dos tipos de bigote y sin sombrero se asomaron por la ventana.

- Si fuera cierto, al caer de nueve pisos se habría hecho una albóndiga con el impacto. No hay salientes que amortiguaran el golpe.

- ¡Pero yo vi como saltaba! -el policía restregó su barba escasa.

- ¡Oiga señora! ¿Seguro que está bien? A veces el alcohol juega malas pasadas, más aún por la mañana. Sin ir más lejos, mi primo Faustino, que también es policía…

- ¿Me está llamando borracha? –interrumpió indignada.

Seré tonta. A saber lo que pensará. La gente no se tira por la ventana así como así. Por cierto, bien podría cambiarse de uniforme de vez en cuando. ¡Vaya tufillo!

El sol jugaba con las mismas sombras, pues tan poderoso era. La mañana engañaba y parecía calurosa, pero no sobraba la chaqueta; además solo llevaba la camisa azul celeste de trabajar, y, aunque abotonada hasta el cuello, a la altura del pecho quedaba una ranura entre los prominentes pechos de la joven y por ahí, se colaba un aire gélido y le destemplaba toda ella. Agarraba sus bíceps para que no se le viera ese trozo de sujetador negro y parecía que se protegía del frío, pero, más que nunca, necesitaba disimular sus pechos prominentes.

Cruzó rauda la avenida entre coches y humos y gente que miraba, seguro: Un manojo de nervios, cuidaba de miradas de esas sobre una.

Al volver de la comisaría:

- No te pongas así, me puedes abrazar, no llores más. No estás loca.

- ¿Vamos al “otro lado” a tomar una manzanilla? Creo que has encontrado a tu media naranja, no lo dejes escapar. ¿Cuánto tiempo llevas con él?

- Unos cincuenta y tres días, bueno, nos acostamos hace un mes; es algo formidable en la cama. –Ella miró sus sueños con una enorme sonrisa, algo que batía sueños y recuerdos, en una salsa íntima.

- No lo dudo, saltando debe ser genial.

- No te burles. Era broma.

Había quedado para comer allí, en la cafetería de los grandes almacenes. Quedó con él, el mismo que se había tirado por la ventana de su cocina. Miraba absorta una lámpara de las muchas que crecían del techo. Era el café más horroroso que nunca había pisado y trabajaba en él. Demasiado funcional y frío.

Estaba decorado para asemejar intimidad, pero no lo habían conseguido. Llegó y se sentó frente a ella y le dio un beso en los labios.

- No tengo mucho tiempo. -Ella necesitaba una explicación.

No hablaron. Pidieron cerveza y unas pizzas. Él miró el reloj de su muñeca. Le dijo algo verde, la vieja de la mesa de al lado lo oyó y se escandalizó:

- ¿Vamos al lavabo?

Ahora. Si tiene un cuarto de hora, todos los tíos son iguales. Bueno, estoy más tranquila.

- Vale.

Mientras él cerraba la puerta del baño, ella se quitó la falda y desabrochó la camisa en un instante, en un movimiento. Cerró la puerta de la cabina, echó el cerrojo y tiró de la cadena, siempre lo hacía y no sabía por qué. Él la abrazó y se besaron largamente con ruidos y despilfarrando toda la baba posible. Él, cual desatascador atascado, desprendió los labios con un sonido seco, pero con los hilillos de baba que unían las bocas y susurró en un elegante rechazo:

- Cariño, ahora no puedo, tengo que irme a la oficina...

- Pero... -ella estaba indignada y el mundo se le cayó- ¿para qué me has hecho venir al aseo?

- Verás, deseaba tocarte y... -él miró de un lado a otro como queriendo zafarse la cuestión- es complejo. Mira, estos servicios tienen buenas ventanas.

Ella se vestía despacio y de mala gana. La cabina olía a salitre y a lejía perfumada.

- ¡Anda! Otra ventana y ahora te vas a tirar también, ¿no? –Él miraba el picaporte.

- Esta noche te recompenso. Bueno, me voy.

- Pero, ¿tú te quieres quedar conmigo? -zalamera ella se hubiera esperado cualquier respuesta, esa burla le sonó áspera, poco creativa.

Bueno, cualquier cosa que dijera me habría parecido poco convincente, pero ser tan cínico, con el susto que me ha dado...

- ¡Ah! Claro, volar... Seré tonta, ¿cómo no lo pensé antes?

- Va en serio... Te habría dicho antes que podía volar, pero, ya sabes, no me atrevía.

¡Encima con sorna y todo! Eso se dice cuando se es transexual, bueno no, no se dice ya que eso salta a la vista. Eso se dice cuando se está casado. Pero no cuando se vuela. No es correcto callárselo.

Él se subió al inodoro, abrió el ventanal grande, de aluminio, se dio impulso, cayó y se fue por el aire denso y ella se asomó y lo vio planear, con los brazos en cruz. Atónita, se sentó en la taza y pensaba con los codos apoyados en las rodillas, como sujetando los pensamientos. Tuvo una idea brillante. Aprovechando la ocasión, se bajó las bragas y meó. Al salir del baño se percató de que estaba en los servicios de caballeros.

De vuelta al trabajo le dijo a una compañera que se iba a comprar una cosa, le lanzó una mirada de esas que vale, que no tardes, pero que te estás pasando porque esto está a tope y hay que trabajar el triple.

Vagó por los grandes almacenes, entre gente apiñada, fluorescentes opresivos, muebles, cafeteras, vajilla, ofertas, escaleras mecánicas, juguetes, más escaleras mecánicas, cafeteras, tornillos, candados...

Compró algo de la quincallería con el treinta y cinco por ciento de descuento y lo metió en bolsas separadas para que su tintineo no llamara la atención y volvió al bar a fregar platos y tazas de café. Trazó mentalmente un plan. Sólo deseaba estar con él, volver a verle.

Ella había cocinado la cena y todo olía a col. Él llegó y fue al baño directamente. Ella oyó la sinfonía acuática de la cadena y fue al dormitorio. Mesó su melena morena con mechas y se lanzó en un beso salvaje. Le miró fijamente mientras se desprendía de la bata acolchada y apareció en ropa interior ante la inminente excitación. Empezó a desnudarle y a besarle en los hombros y en el pecho. Luego le dijo en un susurro que le puso la carne de gallina:

- Déjate hacer...

Él asintió sonriente.

- Cierra los ojos y no los abras.

- Vale.

- Túmbate en la cama... Boca arriba... Así cariño... Sí.

En otro movimiento ágil, ella tomó unas cadenas que estaban enganchadas en la cama, y encerró las muñecas y los tobillos de él en las abrazaderas compradas en los grandes almacenes.

- ¡No abras los ojos!

- No, no.

Luego cerró varios candados...

- ¿Ya está?

- Falta un poco... ¡Ya está!

Él se vio encadenado a la cama. Rió. Ella también. Ella se puso la ropa interior: bragas blancas y una camiseta ajustada.

- Me excita mucho verte vestirte...

Ella tomó un billete de su cartera y lo metió en el bolsillo del chandal.

- Bueno, a mí el rollo sado-maso no me va, pero... Es excitante.

- Ya lo creo.

Cuando ella cogió las llaves y ordenó su pelo en una cola de caballo con una cinta roja, él percibió algo extraño en todo eso.

- Pero, ¿qué pasa? ¿qué haces?

- Con qué vuelas, ¿eh? así no te escaparás.

- Pero si es cierto... yo...

- Estas cosas se dicen...

Ella se apresuró porque llegaba tarde al cine.

Leyendas rurales (primera teogonía): Aspectos evolutivos

El sol abrasa mientras contempla su sombra antes de saludar. El camino mezcla los colores y la marcha deslumbra el pasado. Tiene sed y está agobiada:

- ¡Hola! Estoy fatal. Parece que voy a sufrir una metamorfosis.

El lagarto mira al cielo espectacularmente azul.

- Hermana araña, veo que caminas más despacio, ¿estás débil?

Las piedras eran el horizonte al que la visión de las etapas evolutivas se abría en una forma evidente en medio del desierto. El paisaje eran piedras; los ríos eran piedras; el futuro cercano eran piedras cercanas. Todo eran distancias, longitudinales o una clasificación rígida de los bichos vivientes.

- Has acertado, reptil.

El lagarto mira sus ocho patas que apenas soportaban el cuerpo del arácnido, negro, casi circular. Su respiración era trabajosa y su caminar bamboleante, a pesar de semejante sustentación. Tenía ocho ojos turbios y ocho patas trémulas. La araña tropezaba con las grietas del suelo duro mientras, azorada, recordaba su agilidad, la forma automática de sortear todos los obstáculos posibles en su camino.

- Llevo ocho días que no me tengo ni de pie. Me mareo y mi cuerpo se calienta y calienta hasta que los hilos de mi tela hacen espirales insulsas.

- Bueno, yo no soy médico, sólo soy lagarto. Soy verdoso y joven. Soy carnívoro, aunque sé que mis directos antecesores evolutivos eran vegetarianos; eso me produce una acidez de estómago. Sí, los lagartos tenemos la sangre fría y sentimos calor, calor que quema y parecemos débiles. ¡Tal vez anhelemos una mosca o un escarabajo que nos mejore la tarde!

- A lo mejor cazas los bichos sin problemas, pero yo no, mi red no adhiere... Sin ir más lejos, anteayer un saltamontes quedó atrapado en mi telaraña y el muy capullo, se soltó y se sacudió el traje como si nada.

- Sé que es triste hermana araña, pero tu debilidad tal vez se deba a lo de la leyenda evolutiva... -la araña hizo ademán de sorpresa y abrió cuatro de sus redondos ojos

- ¿”Leyenda evolutiva”?

- ¿No la conoces?

- Hijo mío, conozco muchas leyendas, sobre todo de larvas y de insectos voladores, mas jamás he oído ninguna que fuera evolutiva.

- Mi ayo fue un lagarto pelirrojo y barbudo e insistía especialmente en que todos deberían conocer tal emblema natural, en aras a un respeto transmisible de generación en generación pues tamaña trascendencia conllevaba. Su conocimiento es imperativo a todas luces.

- ¿Serías tan amable de narrármela?

- Sabes que los lagartos tenemos la voz ronca y yo no soy ducho en las mil leyendas que, de boca en boca, circulan por este mundo que no deja de dar vueltas, vueltas que progresan. Sin embargo, intentaré complacer tus deseos de saber, advirtiéndote que no será nada exacto.

-Te agradezco la atención.

- Bueno, cuenta la leyenda, o los mitos son los que hablan, de cómo los animales que vivimos entre los bosques y en este desierto de rocas resquebrajadas y de grietas sin par, tenemos un destino que nos define como seres que estamos a merced de la evolución.

- ¡Ah sí! El cambio ese...

- Más que el cambio, los cambios. Todos nos vamos transformando llegando a ser animales distintos, pero, en alguna parte de nuestro ser, guardamos memoria de lo que fuimos en otro momento; tal y como los gusanos y las lombrices se arrastran, mis patas son cortas y difícilmente pueden sostener mi barriga y sigo arrastrándome como mis primas las serpientes. Por eso soy un reptil.

- Y, ¿cómo sabemos que se aproxima tal cambio?

- Es inevitable e ineludible. Nos llega. La leyenda cuenta que los síntomas primeros son de debilidad y calor. Esa debilidad es el objetivo de la evolución. Ahora somos amigos, pero bien podemos transformarnos en animales contrarios y devorarnos el uno al otro.

- ¿En enemigos? - la araña erizó su pelo y su veneno fue agrio.

- Sí, mortalmente enemigos. -Sentenció el lagarto mientras bajaba sus enormes ojos amarillos.

- Y... ¿Crees que podemos recordar ese animal que fuimos?

- No pero hay sueños, imágenes, recuerdos perdidos en esa distancia innombrable del tiempo pasado... ¿Qué recuerdas?

- Algo obsesivo que insiste. Es un ambiente turbio, denso. Húmedo, acuático de sonidos reverberantes y con eco.

- ¡Mar! Recuerdas un mundo submarino.

- Recuerdo que sentía comezón para comer porque debía salir de mí para conseguir comida. Y todo, todo era simétrico.

- Una vez vi un libro enorme con dibujos y fotografías. Allí estábamos todos retratados, y, si mal no recuerdo, por lo que dices, tú provienes de una estrella de mar.

- ¡Una estrella de mar! ¡Qué bonito! Me gusta.

- ¡Pero no te emociones hermana! No es tan sencillo, pues sólo los más fuertes son aptos para proseguir el camino evolutivo.

La araña alejó su mirada romántica porque sintió una potente desazón en el que su cuerpo se estremecía delante de un viento frío de huracán, un remolino que desprendió sonidos vertiginosos y un breve estampido. Todo volvió a la calma y la araña se transformó en libélula. El lagarto se abalanzó para comerse al nuevo ser ya que no tenía veneno.

- ¡Lagarto, no me comas, por favor!

La libélula echó a volar y pudo despistar las enormes fauces del lagarto que rugía con desazón de no poder alcanzar el alimento.

- ¡Lagarto! Vuelo, me puedo escapar, no me persigas.

- Me siento débil. Eres más ágil que yo.

De pronto el lagarto comenzó a girar sobre sí y mediante giros vertiginosos se transformó en una mancha verdosa que confundió a su sombra, ya que las escamas verdes y amarillas, paulatinamente, se convertían en plumas marrones y grisáceas. En medio de la patria sosegada del desierto que rodeaba la

ciudad, el lagarto se transformó en un enorme y amenazador gorrión para los ojos de la libélula. Voló hacia ella y la capturó y devoró en un instante. Después se posó en un cable telefónico en concreto.

Leyendas rurales: secuencias del prado de tío Wlliams

El disco daba vueltas y el gusano Josejuán se mareaba al intentar leer el título del tercer corte de la segunda cara.

- ¡Qué mareo! debe dar un miedo subirse ahí... -exclamaba mientras sorbía de su coca-cola enlatada.

El gorrión Manolo arrancó el brazo asesino del giradiscos.

La familia del saltamontes Echevarría impulsaba al unísono con sus fuertes patas al plato para que los demás bichos se subieran y la gozaran.

Era un tocadiscos viejo perdido en el campo.

Era el tiovivo más maravilloso.

En el centro, estaba impreso Frank Sinatra.

Todos los bichos se subían con las patadas echevárricas compensadas con pagos de trigo. De vez en cuando, los saltamontes se pasaban de fuerza y algún bicho salía disparando (centrífugamente hablando).

Pero eran felices así.

De pronto, apareció en plena algarabía el semblante terrible de Margaret, la mantis religiosa más terrible del lugar.

- ¡Ja, ja! -rió- Os voy a comer.

Los bichos no podían huir. El convenio defensivo con Manolo, no tenía validez puesto que el gorrión se hallaba en el Quinto Pino con su novia.

Margaret se frotó sus manos como cuchillos a modo de Padrenuestro.

Reía.

El escarabajo de la patata Benito, ("Lameculos" le llamaban las abejas) se arrodilló y le suplicó:

- ¡Te serviré, haré lo que quieras! pero no me comas, por favor...

Margaret hizo caso omiso a sus ruegos y despiadadamente se zampó a Benito en un instante.

- Soy Virgo, independiente... y con la luna en Escorpio -añadió con la smanos sangrientas.

En pocos minutos merendó a conciencia y la familia Echevarría quedó mermada. Lo más curioso es que nadie se movió de los alrededores del tocadiscos, como esperando alguna genialidad... y llegó.

Juanito Echevarría, el brincamontes más espabilado y con más títulos de la familia pensó: "demasiado orgullosa", y atacó por ahí.

- ¿Sabes bailar? -le cuestionó con matiz psicológico.

- ¡Claro, fui campeona de baile en la universidad!.

- ¿A que no bailas el charlestón sobre nuestra plataforma?

Retó el benjamín joven Juanito mientras señalaba el tocadiscos tiovivo.

- ¡Puaf! Chupado con canela.

Margaret se subió al tocadiscos y el músico-grillo-marchoso se esmeró el clave de sol.

Y cuando el descomunal monstruo se afianzó en la pista, el benjamín comenzó a impulsar el tocadiscos-tio-vivo con sus poderosas piernas; el plato giró rápido y Margaret se mareó; en un amén-jesús salió disparada y se desnucó en la caída; se convirtió en postre especial de las hormigas.

Todos aplaudieron a Juanito, el benjamín; le homenajearon y aprendieron solidaridad. Hicieron un funeral por las víctimas del ataque llamando a Matías, el caballito del diablo-sacerdote; y una fiesta por todo lo alto celebrando la victoria sobre una de las muchas amenazas que planeaban por el prado.

Eran felices y solidarios.

Y ésta es la historia en la que el tio-vivo-tocadiscos se transformó en la primera arma estratégica de apoyo logístico tierra-aire del gorrión Manolo. Y aquí termina la leyenda de.

ÍNDICE

Varios tipos de leyendas

DESPERDICIOS DE FRUTAS…….....3
ANONIMATO.....7
LA FABULA DE LA SETA FILOSOFAL..... 14
TRABAJOS FORZADOS.....16
JIMMY EL CHARCUTERO..... 17
DIARIO DE LO IMPROCEDENTE (hobyes no permitidos)..... 20
EL ASESINO DEL AGENTE DE SEGUROS..... 29
LA REVOLUCIÓN CULINARIA..... 33
EL HOMBRE QUE APAGÓ EL SOL..... 35
EL SECUESTRO DEL REFLEJO..... 37
EL ITALIANO RAVIOLI..... 40
MALOS QUE LO TIENEN MAL..... 42
LA BOLSA O LA MUERTE..... 45
PRIMERA LEYENDA VAMPIRESCA..... 47
ESTAS COSAS SE AVISAN..... 51
ASPECTOS EVOLUTIVOS 57
SECUENCIAS DEL PRADO DE TIO WILLIAMS..... 61

INDICE..... 63